

Ba Ilustracion Artística

AÑO XXV

← BARCELONA 16 DE JULIO DE 1906 →

NÚM. 1.281



FIGURA DECORATIVA, cuadro de Alfredo Agache

(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1906)

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *¡El mayor monstruo los celos!*, por F. Moreno Godino. — *Desórdenes en Finlandia*. — *Los Salones de París en 1906*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *En la paz de los campos*, novela ilustrada (continuación). — *Ocupaciones y recreos en alta mar*, por W. B. Northrop.

Grabados.— *Figura decorativa*, cuadro de Alfredo Agache. — *Colegio de niñas en la procesión del Corpus, Hospital Beaune*, cuadro de J. Geoffroy. — Dibujo de J. Borrell que ilustra el artículo *¡El mayor monstruo los celos!* — *Riña de gallos*, cuadro de P. Ivanowitch. — *La dama del sombrero*, cuadro de Mme. M. Curót-Barberel. — *El primer baile*, cuadro de A. Faugerón. — *Danza campestre*, cuadro de E. Doigneau. — *Desórdenes en Finlandia. Grupo de revolucionarios dirigiéndose á un «meeting»*. — *Una mujer revolucionaria arrojando á la multitud*. — *Un grupo de agitadores haciéndose retratar con sus banderas rojas en las que se leen inscripciones sediciosas*. — *Roto el cántaro, ¿qué haré?*, cuadro de G. S. Maury. — *Ensueño*, cuadro de C. A. Lenoir. — *En la antesala del editor*, cuadro de L. Balesrieri. — *La alegría roja*, cuadro de G. Rochegrosse. — *Café concierto en Sevilla*, cuadro de R. Canals. — *Castañas calientes*, cuadro de P. Chocarné-Moreau. — *Ocupaciones y recreos en alta mar. El departamento de correos*. — *Jugando al tejo con aros de cuerda*. — *Billar de sobrecubierta*. — *Leyendo los radiogramas*. — *Una partida de boxeo*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿No habéis experimentado algunas veces un goce especial, de sedación, con la vida, no digo del campo, sino de provincia?

Salís de Madrid, donde os acosan innumerables quehaceres, infinitas distracciones, impresiones múltiples, reiteradas, de agitación ardorosa y vehemente—noticias, ingeniosidades, chistes, chismes, maledicencias, augurios políticos, juicios literarios fustigadores, solicitudes, asuntos de poco momento pero de gran tráfico, encuentros de amigos, de conocidos que apenas recordáis, de negociantes con quienes tenéis alguna relación momentánea de compraventa; todo el ruido de la sociedad y todo el remolino de la aglomeración humana en una capital casi grande,—y entráis en el apacible remanso de una ciudad de provincia, que, en opinión de muchos de sus habitantes, «está muerta», y que á vosotros no os produce la impresión repulsiva de la muerte, sino la grata del sueño, de la siesta prolongada, que acorta las horas tediosas del día.

Podrá mucha parte de esta impresión ser efecto del contraste; el organismo recibe siempre con placer el cambio; la diversidad es como rocío para una flor mustiada y lacia. Ello es que sentís complacencia. La lucha, esa lucha fiera de los intereses y los apetitos, existe en provincia quizás más intensa y encarnizada que en Madrid, pero á primera vista no se nota: hay que penetrar en la entraña de la provincia para darse cuenta de la batalla sorda que se riñe. Por encima se extiende una capita de vegetación fresca, que parece la misma imagen de la paz, esa vegetación corta y florida de los estanques inmóviles.

Y os halaga, en primer término, la apacibilidad de las calles. La gente va y viene: no es que estén desiertas; únicamente la falta de coches y tranvías, automóviles y pregones ruidosos, les presta esa blanda quietud. Por otra parte, este gentío de provincia no es el insolente y vocinglero de la corte española: no escucháis esas frases secas, insolentes, fanfarronas, que hombres y mujeres, chulos y chulas, cambian con el menor pretexto, sin que medie ofensa ni discusión, sólo por el *sport* de insultarse. Los mendigos son menos tercos y porfiosos; los chiquillos, en cambio, más pegajosos: se ve que andan mejor tratados, y que se les consiente. Los curas no se deslizan furtivos y avergonzados: van con aire tranquilo, bien plegado el manteo, camino de su iglesia. El domingo se diferencia de los demás días de la semana, no en el griterío procaz y pintoresco de la fiesta taurómaca, sino en el clangor insistente de las campanas mañaneras, y por la tarde, en la irrupción de muchachas, criadas de servir, que repeinadas y con sus mejores atavíos, inundan el paseo, y van y vienen al son de la música. Muchas tardes de domingo veis que se abren aprisa los balcones y las ventanas; que manos solícitas cuelgan trapos más ó menos ricos, y viejas colchas de damasco prelado, cortinas de percal, banderines descoloridos, las variedades de la colgadura de fiesta. Y un olor de hinojo pisado sube del pavimento de la calle, y señoritas de blusa clara se asoman sostenien-

do en las manos bandejas llenas de pétalos de rosa. La procesión desfila: San José y la Virgen, juntos y protegiendo al Niño, pasan como pasaban en nuestros sueños infantiles: bondadosos, graves, luciendo la Dama su amplio manto de cola, rozagante, de tisú de plata y azul zafir, el Carpintero envuelto en pliegues de terciopelo amaranto recargado de oro... Cabezas calvas, manos que empuñan cirios, uniformes recién cepillados, lustrosos al sol, estridores de música militar, y el hinojo que perfuma más recio, con su aroma agreste y toscó... La gaita, repitiendo un mismo compás de danza regional; el tamboril, alborotando con la ingenuidad de un chico travieso; el palio, el tac solemne de sus varas en las losas de la calle...



Colegio de niñas en la procesión de Corpus, Hospital de Beaune, cuadro de J. Geoffroy. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)

En los balcones la gente se postra; manos blancas, pequeñas, proyectan la lluvia de rosas hacia el flojón que forma la tela del palio en el centro. Y el oro de las capas pluviales se matiza de colores vivos de pedrería: hojas bermejas, hojas carmesíes, hojas pálidas, flotan alrededor y caen despaciosamente sobre los cráneos desplumados y las rizadas pellices. Después de que la procesión se aleja, la calle queda en religioso silencio absoluto, en soledad completa, trascendiendo fuertemente á flores y hierbas campestres; las ventanas siguen abiertas y están vacías; veis pasar á un criado que entra en una casa, llevando en las manos una especie de linterna de hojalata, que sostiene con cuidado exquisito... Es el «helado», el refinamiento característico de los días de procesión. En copas celestes, de pie blanco, se yergue una pirámide amarilla, de mantecado, una pirámide rosa, de fresa, á veces un arlequín, bicolor. La familia espera ansiosamente la llegada de la linterna misteriosa. «Ya lo tenemos ahí», exclama con bonachona alegría el padre. Sobre el velador de la sala—retirado el tapete de *macramé*—se colocan en círculo las copas colmadas; en el centro, la ligera cestilla llena de barquillos. Y la chiquillería, antes de disfrutar su parte, se enguanta con ella los dedos; diez barquillos, diez dedos tiesos que esgrimen riendo los varones contra sus hermanitas...

¿Por qué ha de ser menos interesante este cuadro patriarcal, que el de las señoronas empingorotadas en su *mail coach* y merendando emparedados que el Champagne riega? Declaro que, allí donde la suerte me depara una escena llena de vida, la contemplo con el mismo encanto. Cada día el espectáculo del mundo me parece más digno de fijar en él los ojos; con lo que tiene de malo y de bueno, de cruel y de inocente, de inmoral y de honesto... Y bajo estos suaves y apenas delineados resaltes de las costumbres

provincianas, está la humanidad tan viviente y tan activa como puede estarlo en el brillante cosmopolitismo y la agitación desenfadada del París que se divierte, y que á mí no me divierte sino por la observación.

En esta existencia sin relieve violento, llana y uniforme, el acontecimiento es la llegada de los periódicos. Los dos ó tres primeros días que se pasan en provincia, no se tiene gana de leer diarios madrileños. ¿Para qué? Se viene saturado de esa lectura, mejor enterado que ellos, por las conversaciones, donde se dice y cuenta lo que en letras de molde no puede decirse. A la media semana, vuelve á preocupar lo que «por allá» sucede, y es una emoción, leve, pero al cabo emoción, el oír vocear, en la calle principal, al encenderse los primeros focos del alumbrado, la prensa de Madrid. Un enjambre de pilluelos se esparce, gritando á todo pulmón: «¡Dencia! ¡Berall! ¡Parcial! ¡Paña Nueva!...» Una lluvia menuda de *perros chicos* va ingresando en sus bolsillos rotos y pringosos. En los cafés se lee con avidez; los excelentes padres de familia se llevan á sus casas el periódico preferido, á fin de comentarlo y desmenuzarlo entre el pescado frito y la ensalada de la cena. ¿Qué ha sucedido? ¿Se han descubierto más cómplices de Morral? ¿Quién viaja? ¿Quién se casa? ¿Quién se muere? Todo esto sazona con sal de curiosidad las blancas rajadas de merluza.

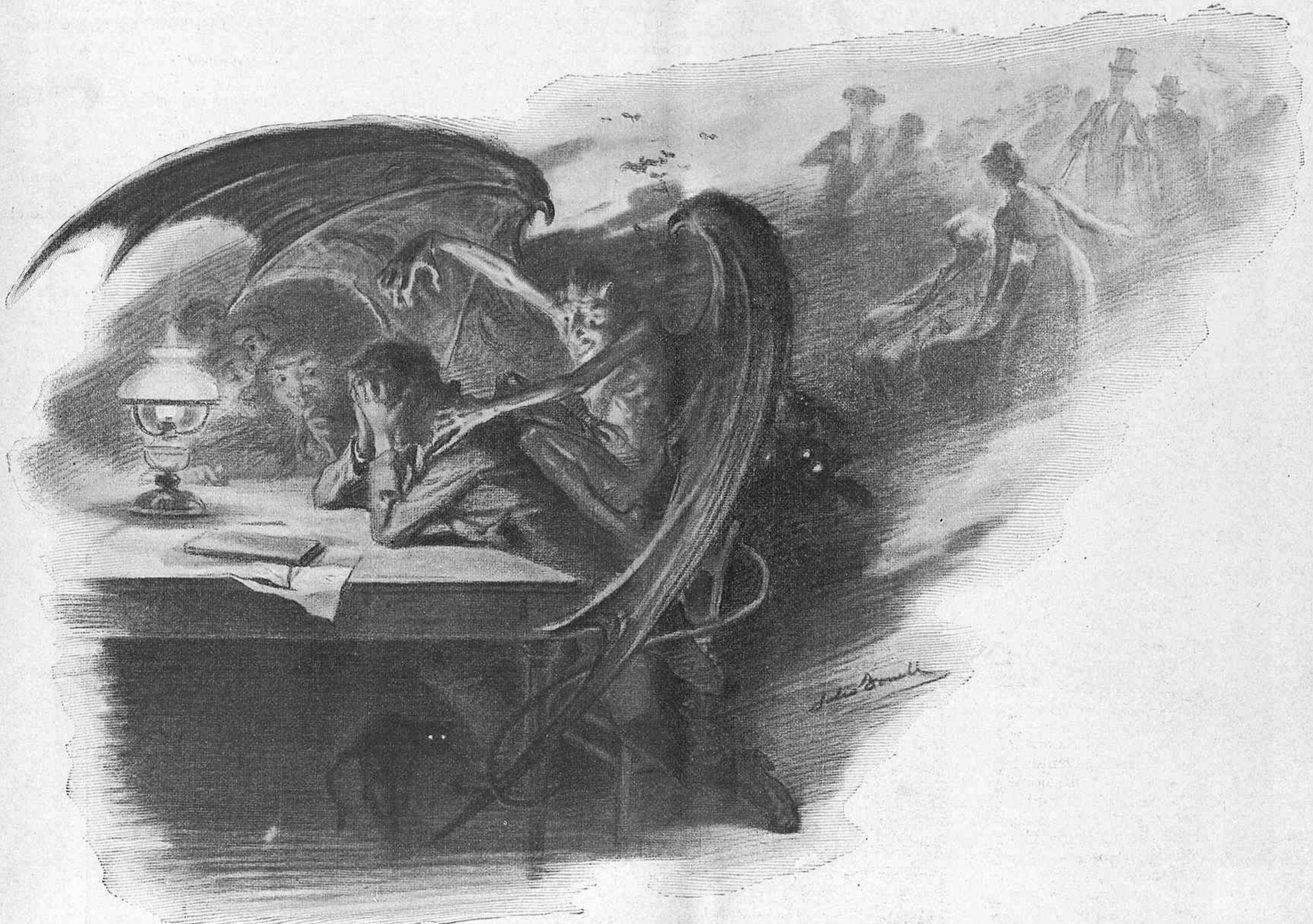
¡Ah! Si el pueblo de provincia es un puerto de mar, cuento entre sus delicias la de comer peces frescos. En Madrid la frescura del pescado es rigidez artificialmente obtenida por el hielo. El pescado que se saca del mar para llevarlo á la cazuela ó la sartén, tiene un jugo y una gracia sabrosa que pierde con los viajes, las preparaciones frigoríficas y el audaz retoque de carmin en las agallas...

Los pueblos de provincia que ven el mar no pueden confundirse con los del interior. Son ventanas por las cuales se divisa una extensión siempre variada, siempre hermosa. El puerto anima la ciudad. Desembarques y embarques hacen latir más aprisa su pulso, con la sana elevación del trabajo activo. Las mercancías le traen nueva sangre, el tráfico da finalidad á su movimiento; surgen fortunas, se crean capitales, el lujo viene detrás del dinero; y algo de fiebre

moderna invade á la provincia, ansiosa de divertirse, ya que trabaja. La paz antigua se resiente á veces de esta inevitable transformación. Por las calles casi solitarias cruza un *auto*, desempedrándolas. Va como alma que lleva el diablo. Afortunadamente no tiene á quien aplastar: los chicos, medrosos ó reñidos ferrozmente por sus madres si hacen alardes de valentía, se refugiaron en los portales ó se achantaron en los ángulos de la plazoleta: una vieja, santiguándose, corre hacia el atrio de la iglesia románica, para tomar asilo: una sardinera, en jarras, se ríe, arrimada á la pared, de la facha de aquellos señoritos con antiparras verdes. El monstruo pasa, sin despachurrar á nadie. Un vago asombro flota en el ambiente. ¿Antes tanto estruendo, ahora este silencio hondo, casi palpable? Y la sardinera, con voz clara y juvenil, de gallo encaramado, arroja su pregón: «¡Ay queee... sardiñas!»

Al obscurecer, las canciones de los niños derraman melancolía. ¿Quién dijo que alegraban la vida las canciones de los niños? En Madrid apenas se oyen, al menos en los barrios céntricos; en provincia, sobre todo las tardes de los domingos, ritman de un modo poético la calma que nos rodea. Los estribillos de esas canciones son folklóricos, y encierran la sugestiva tristeza de la tradición. Hay en ellas elegíacas lamentaciones de princesas Delgadinas encerradas por su tirano padre en alta torre; relatos de los martirios de Catalina, con su rueda de cuchillos y navajas; quejas sollozantes de la doncella que se quería casar y á quien sus padres llevaban engañada al monasterio; apenas si la conocida ronda de las carboneritas de la villa de Arévalo interrumpe este catálogo de antiguas tragedias. El eco puro, cristalino, de los cantos, evoca lágrimas y dolor. Y eso es lo que probablemente aguarda á los cantorillos.

EMILIA PARDO BAZÁN.



El demonio de los celos apoderóse del bueno de Pedro y no le dejaba sosegar

¡EL MAYOR MONSTRUO LOS CELOS!

I

He tomado para epígrafe de este artículo, que es una narración verídica, el título de una famosa comedia de Calderón; pues, aunque en pequeño, es un ejemplo más del desvarío á que pueden conducir las pasiones en su período álgido.

Pedro Vergaz era un joven de veintiséis años de edad, natural de Córdoba, en cuyo Gobierno civil estaba empleado con el modesto sueldo de dos mil pesetas anuales.

Hará próximamente dos años se casó con una joven llamada Rafaela, pues en Córdoba abundan los que llevan este nombre, por ser el de San Rafael, que según tengo entendido, es el patrón de la ciudad. Rafaela era pobre, juiciosa, de honrada aunque humilde familia. Tenía veintitrés años, y renombre de agraciada en la población. Vivía este joven matrimonio en el piso tercero de una casa contigua al paseo de *El gran Capitán*.

Permitíanse el lujo de tener un cuarterón de criada, como diría Narciso Serra, como lo era una serranita de quince años llamada Nemesia.

Pedro y Rafaela podían haber sido felices con su juventud, y con su modesto peculio, que como Córdoba no es cara, bastaba para atender á sus necesidades, con algo de economía; pero no lo eran por la siguiente razón: uno de los trece mil trescientos treinta y tres demonios que según el padre Petavio atormentan á los hombres, el demonio de los celos apoderóse del bueno de Pedro y no le dejaba sosegar. Se hizo tan celoso como el extremeño de Cervantes *ó el moro de Venecia ó el Tetrarca de Jerusalén*. Y estos celos repercutían como es consiguiente en la pobre Rafaela para disgustarla. Voy á contar dos ó tres rasgos del carácter de Pedro.

Una tarde al volver á su casa vió á Rafaela asomada al balcón. Cuando subió la dijo:

—¿Qué hacías en el balcón?

—Pues tomar el fresco.

—Se toma mejor dentro, fuera hay resistero.

Ya antes la había dicho:

—Mira, procura salir lo menos posible; para eso tenemos á Nemesia, para que te vaya á los recados; *la mujer casada la pierna quebrada y en casa*.

Generalmente comían cerca de anochecido, pero un día de fiesta lo hicieron algo más temprano, y salieron de día á dar su acostumbrado paseo. En la calle de José Rey se cruzaron con Rafael Guerra, el célebre ex matador de toros. Guerrita miró á Rafaela porque le gustó, como gustan todas las mujeres guapas, y Rafaela miró al Guerra con la curiosidad que inspiran los toreros, sobre todo si son de *tronío*. Pasó el diestro, y entonces Pedro dijo á su mujer con voz algo alterada:

—Mucho te ha mirado el Guerra y tú á él; parece que os conocéis de hace tiempo.

Rafaela era muy prudente, pero no pudo menos de replicar:

—¿Y qué que nos hayamos mirado? Por eso no nos hemos comido.

Los días de trabajo, los paseos de ambos cónyuges solían ser á palo seco; pero los festivos se permitían descansar en un café; en donde Pedro le tomaba leyendo algún periódico y Rafaela refrescaba con un sorbete ó barquillo relleno. La tarde á que me refiero era domingo; aguardaron á que fuese de noche y se dirigieron al café Suizo. Pedro iba á entrar delante y retrocedió diciendo:

—Vámonos.

—¿Pues qué pasa?, preguntó Rafaela.

—Que está ahí D. Lesmes. Esto de D. Lesmes párrafo aparte merece.

II

D. Lesmes Ibarrola era un buen señor de cincuenta y un años de edad, que reunía una renta de cinco mil duros anuales, producto de un cortijo que tenía en la Sierra, de algunas tierras en la Vega y de tres casas en Córdoba. Era grande amigo de la familia de Rafaela y había visto nacer á ésta y á sus hermanas María y Carmen, aquélla casada con un capitán de carabineros, que á la sazón actuaba en Barcelona, y ésta esposa de un maestro guarnicionero establecido en la calle del conde de Gondomar.

Rafaela desde niña había sido la predilecta de don Lesmes; la mimaba, la regalaba juguetes y golosinas, y hacíala bailar sobre sus rodillas. Cuando la niña llegó á cierta edad, el cincentón quiso casarse con ella, pero ella estaba ya en relaciones con Pedro Vergaz, y no obstante las observaciones de su familia, se casó con éste.

Pedro sabía la pretensión de D. Lesmes y no podía verle ni pintado.

A Rafaela la molestaban mucho los celos infundados de su marido, como á todas las casadas con celosos. Los celos demuestran desconfianza en la honradez de la mujer, y además á veces hacerla pensar en el fruto prohibido de la madre Eva.

D. Rafael Soler, el jefe del negociado de Pedro, protegía á éste y un día le dijo:

—Muchacho, vas á abreviar el ascenso. Mañana lleva estos pliegos á Madrid para entregarlos al secretario de aquel Gobierno. Supongo que te agrada ver la capital de España.

A Pedro le agradó á medias porque dejaba en Córdoba á Rafaela. Estuvo seis días en Madrid, pues el secretario no le despachó antes, y sesenta veces se preguntó mentalmente:

—¿Qué hará Rafaela?

III

Rafaela no hacía más que aburrirse. Quedóse sin criada, porque el padre de la serranita vino á buscarla y se la llevó á consecuencia de haberse quedado viudo. Rafaela no quiso buscar otra sin anuencia de su marido.

Una noche á las ocho salió á comprar petróleo para el quinqué y aceite para la ensalada. Cuando volvió sintió que llamaban á la campanilla de su cuarto, y vió al propio D. Lesmes, que era el que llamaba.

—¡D. Lesmes!

—Hola, Rafaelita.

—¿Pues cómo usted por aquí?

—Vengo á traerte una carta de tu hermana María, incluida en otra para mí. No sabe tus actuales señas en Córdoba.

Entre tanto Rafaela había abierto la puerta y encendido el quinqué.

D. Lesmes se sentó en un sillón y siguió diciendo:

—He venido porque sé que está ausente tu marido, pues bien me consta que no soy santo de su devoción. Vengo algo tarde por haber tenido convidados, y para esperar que refresque algo, pues hace un calor insufrible.

D. Lesmes estaba muy colorado y se limpiaba el sudor.

—¿Vas á comer?

—Sí, no le invito á usted porque ya lo ha hecho.

—¡Demasiado!

Mientras Rafaela comía el cocido hablaron de co-

bajó la escalera y abrió con precaución la puerta de la calle, salió y dirigióse al Casino de Córdoba, pues sabía que su cuñado el guarnicionero estaba allí todas las noches hasta la una. Expúsole su cuita; Martín, que así se llamaba aquél, comprendió que era necesario sacar á D. Lesmes á la calle, y así lo hicieron entre él y Rafaela, con la fortuna de no ser sentidos por nadie.

—Súbete, dijo el guarnicionero, yo le llevaré á su casa.

D. Lesmes vivía en la calle del Conde Gondomar, cuatro números más abajo que Martín. Pero llevarle no era cosa fácil, aunque aquél pesaba poco. Le sentó en un banco del paseo, llamó al guarda, que vino

—Como me has dicho que no ha venido nadie, supongo que esta cartera de D. Lesmes se ha entrado sola al cuarto obscuro.

Rafaela consternada contestó:

—Ya te explicaré...

—Luego, es tarde, y no quiero faltar por ti á mi obligación.

Y dando un portazo salió de su casa.

Estuvo en el Gobierno agitado y nervioso, regresó á su casa, y ya había rebasado la portería, cuando llamó la portera.

—¡D. Pedro, D. Pedro! Su señora me ha dejado el picaporte para que se le dé á usted.

—¿Dónde ha ido?



Riña de gallos, cuadro de P. Ivanowitch. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)

sas indiferentes; D. Lesmes recordó particularidades de la infancia de aquélla, y la joven le oía complacida, porque le quería bien. Habíale preguntado si al entrar habló con la portera, y él la dijo que no había nadie en la portería. Esto la tranquilizó, pues supuso que Pedro no llegaría á saber que aquel viejo amigo había estado en su casa. Comió el cocido y fué á la cocina para aderezar la ensalada. Cuando volvió al comedor encontró á D. Lesmes con los ojos cerrados, muy encarnado y respirando fuerte.

Creyó que dormía.

Acabó de comer y D. Lesmes no despertaba. Rafaela observó que su respiración era más fuerte. Eran cerca de las diez y no se apresuró á despertarle, pues la portera cerraba á esta hora y así no le vería salir, abriéndole ella. Pero dieron las diez y media y don Lesmes continuaba en el mismo estado.

Rafaela empezó á inquietarse; aquel sueño no parecía natural. Decidióse á despertarle, le llamó, le meneó; pero D. Lesmes no abría los ojos. La joven se sobresaltó; no cabía duda: á aquél habíale sobrevenido algo extraordinario. Rafaela quedóse consternada; si lo supiese Pedro iba á tener la gran desazón del siglo.

¿Qué hacer? Reflexionó y tomó una determinación. La respiración de D. Lesmes arreciaba, y para evitar que algún vecino la oyera, hizo rodar el sillón en que aquél estaba sentado que tenía ruedecillas, y le llevó como pudo á un gran cuarto al lado de la cocina, en el que había dos cofres llenos de papeles, maletas y la cama en que había dormido la serranita criada Nemesia.

Eran más de las once y media.

Se puso un pañuelo á la cabeza, cogió las llaves,

acompañado de un vigilante de consumos. Todos conocían á D. Lesmes por rico y por antiguo en el barrio. El guarnicionero les dijo que habíale encontrado en aquel estado, y entre todos llevaron á aquél á su casa, en donde no tardó en restablecerse.

IV

Pedro regresó de Madrid, fué á la suya, enteróse de la despedida de Nemesia. é hizo á Rafaela la siguiente pregunta:

—¿Ha venido alguien?

—Nadie, contestó Rafaela, algo turbada.

Al día siguiente, D. Rafael, el jefe de negociado, dijo á Pedro:

—Mira, muchacho, tráete mañana tu credencial; vamos á pensar seriamente en tu ascenso.

A consecuencia, cuando á la mañana siguiente visitóse Pedro para ir al Gobierno, entróse en el cuarto contiguo á la cocina, pues la credencial estaba en uno de los baúles. Mientras le abría, en la penumbra del cuarto vió brillar una cosa en el suelo, alzóla y encontróse con una cartera, cuyo cierre relucía. La abrió, y por poco se queda convertido en estatua de magnesia como el diablo en la fábula de Miguel de Los Santos Alvarez, cuando registrándola, se halló con dos cartas y dos tarjetas que decían:

LESMES IBARROLA

Ex diputado provincial y propietario

Buscó á Rafaela, que limpiaba un vestido, y con los ojos echando ascuas la dijo:

—No ha dicho nada; ha salido con un mozo que llevaba un baúl.

Pedro subió corriendo la escalera, entró en su casa y lo primero que vió sobre la mesa del comedor fué una carta que decía así:

«Pedro, estoy cansada de sufrirte. Yo me creí tu compañera y he sido tu esclava. Adiós, me voy con mi hermana María.»

V

¡Pobre Pedro, aunque lo tuvo bien merecido! Aquella ausencia y aquella carta fueron como un rayo que pulverizó su no muy firme inteligencia. Desde aquel día cometió varias inconveniencias, que aumentando en los sucesivos no hubo más remedio que dejarle cesante. Como á la vez acreció su perturbación mental, de tumbo en tumbo cayó en la miseria.

¡Pobre Pedro! Al principio razonaba algo, y afirmaba que su mujer había huido con D. Lesmes. Ahora, pues aún vive, sólo se le oye murmurar por lo bajo: «¡D. Lesmes, D. Lesmes!»

Vive porque un cubero que fué amigo de su padre le da un rincón para que duerma sobre un jergón, y porque D. Rafael, el del Gobierno, hace que le bajen al portal de su casa restos de su comida. Los celos fueron para Pedro el monstruo de la miseria.

Cuando le quedaba un átomo de juicio, Pedro aseguraba la fuga de Rafaela con su viejo pretendiente. ¡Quién sabe si tenía razón! Lo cierto es que ninguno de los aludidos han vuelto á parecer por Córdoba.

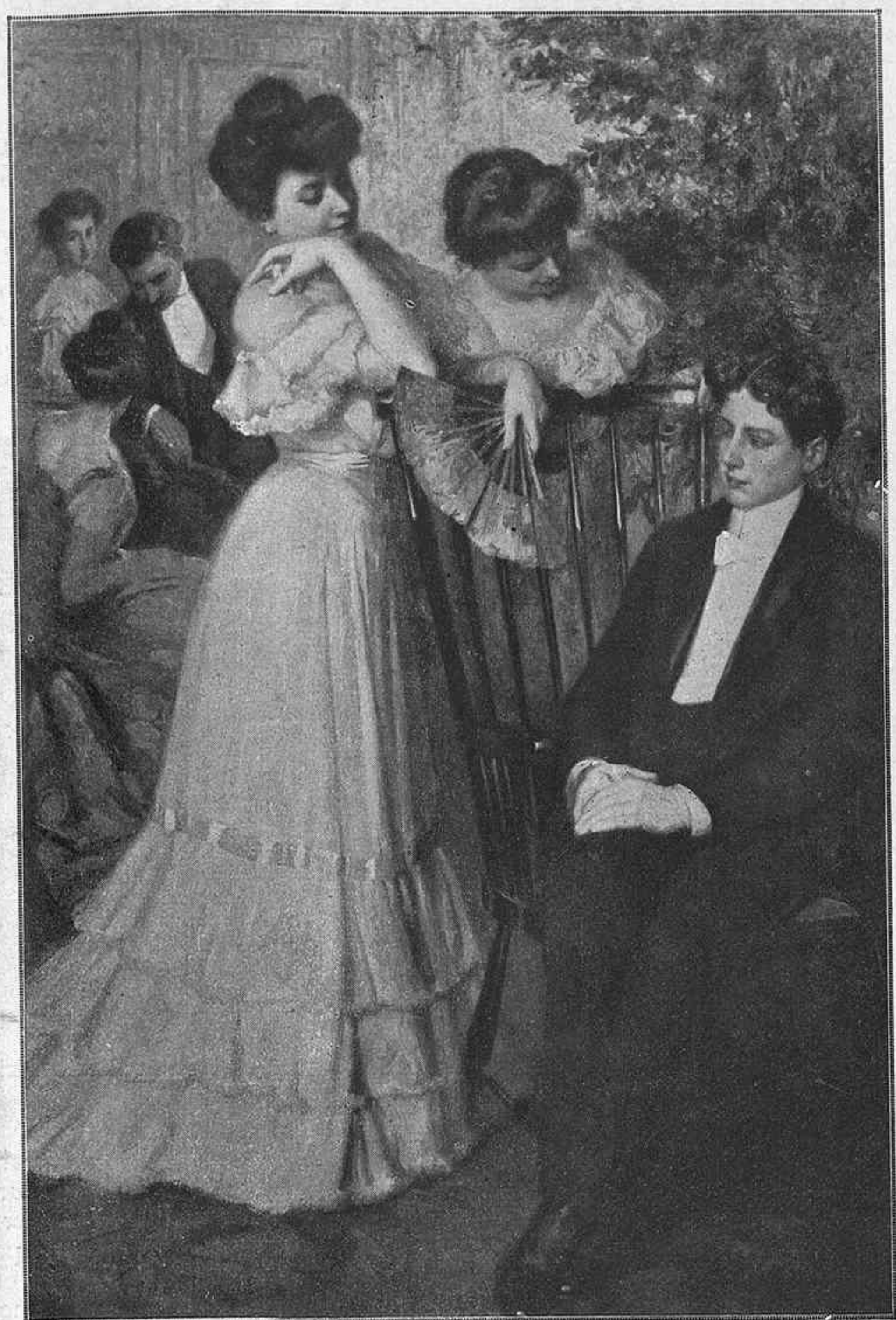
¡Los niños y los locos dicen las verdades!

F. MORENO GODINO.

(Dibujo de J. Borrell.)



La dama del sombrero, cuadro de Mme. M. Curot-Barberel
(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1906.)



El primer baile, cuadro de A. Faugeron
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)



Danza campestre, cuadro de E. Doigneau. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)



Desórdenes en Finlandia.—Grupo de revolucionarios dirigiéndose á un «meéting» llevando la bandera roja

DESÓRDENES EN FINLANDIA

El espíritu revolucionario que desde hace tantos meses domina en una gran parte del imperio ruso y que mantiene en importantes ciudades un perpetuo estado de lucha, se ha propagado á Finlandia, en donde ha encontrado el terreno perfectamente abonado, gracias al modo de ser especial de aquel territorio y á los agravios que del autocratismo ruso tienen los finlandeses recibidos.

Aquel pueblo que hasta hace poco disfrutó de una completa autonomía, vió suprimidas sus más caras libertades sin otra razón que la voluntad omnipotente del tsar, y se encontró sujeto á un régimen excepcional cuya única ley era, por decirlo así, el capricho de unas autoridades despóticas que trataban como esclavos á quienes por naturaleza habían sido hasta entonces libres. Los pactos que unían á Finlandia con el Imperio fueron aleosamente infringidos; la fuerza se impuso al derecho, y á las sabias instituciones propias, piadosamente conservadas y transmitidas por la historia y por la tradición, substituyeron instituciones exóticas que al par que se oponían al modo de ser de aquel pueblo constituían para él una humillación vergonzosa.

Creyó el coloso ruso que la obra anexionista, uniformadora, quedaba sentada sobre bases firmísimas y se hizo la ilusión de que los oprimidos soportarían, quieras que no, la dominación ominosa, pues adonde no llegarán la resignación ó el convencimiento llegaría el látigo del tirano para hacer doblar nuevamente la espalda á los que osaran resistirse.

El tiempo se ha encargado, y mucho antes de lo que podía esperarse, de demostrar hasta qué punto se engañaban los que tal creían. La soberbia rusa ha sido abatida; el Japón, un pueblo joven, casi insigni-

ficante al lado de Rusia, aniquiló en poco más de un año su poderío militar y marítimo; y en el interior, los que eran considerados como humildes siervos, incapaces de pensar por su cuenta y á quienes fácilmente ponían á raya, en caso de que intentaran rebelarse, los látigos de unos cuantos cosacos, han dejado al fin oír su voz y han expresado con firmeza su voluntad, derribando en un momento lo que era obra de siglos y poniendo el espanto en el corazón de quienes, cegados por su soberbia, se juzgaban omnipotentes.

Apenas iniciado el movimiento revolucionario ruso, adhirió á él los finlandeses y el gobierno del tsar hubo de hacerles algunas importantes concesiones que, como impuestas por la fuerza de las circunstan-

esfuerzos de un pueblo cuando defiende una causa justa. Y á estas reivindicaciones autonomistas se juntan ahora otras que la revolución social proclama. Los finlandeses agitan hoy la bandera roja y en frecuentes «meétings» suenan enérgicas voces de libertad y de emancipación; la corriente revolucionaria es imponente y amenaza arrollar cuantos obstáculos se opongan á su paso; y los oprimidos de Finlandia ya no piden para sí solos, sino que exigen para ellos y para sus hermanos, los demás oprimidos rusos, cosa que les hace más simpáticos y les da mayor fuerza.

Decíase que el tsar Nicolás II se proponía hacer una excursión á Finlandia, tal vez confiado en que su presencia y el prestigio de su majestad bastarían para acallar aquellos clamores y poner término á tan crítica situación; pero ya se ha desistido, según parece, del viaje por haberse descubierto últimamente que se habían colocado minas submarinas en los sitios por donde debía pasar el yate imperial.

Este hecho y el no menos significativo de haberse sublevado uno de los batallones del regimiento de Preobrajenski, del famoso regimiento que presta el servicio de guardia al lado del tsar, demuestran que los revolucionarios cuentan con medios cada vez más poderosos para imponerse, si no por el convencimiento, á lo menos por el terror.

Y si á todo esto se agrega que cada día es mayor el abismo que separa á la Duma de los consejeros del emperador y que la voluntad nacional está resuelta á seguir el ca-



Desórdenes en Finlandia.—Una mujer revolucionaria arengando á la multitud

tancias, no fueron por ellos agradecidas ni estimadas suficientes.

Hoy Finlandia reclama imperiosamente lo que de derecho le pertenece y está dispuesta á conquistarlo, cueste lo que cueste; Finlandia quiere recobrar su antigua autonomía, toda su autonomía, y lo conseguirá seguramente, que nunca resultan estériles los

mino emprendido que ha de conducirla indefectiblemente al logro de sus aspiraciones, se comprenderá que ha llegado para los que se hallan al frente del Estado ruso el momento supremo de acabar con toda la podredumbre existente y de fundar cuanto antes sobre las ruinas de la vieja Rusia una Rusia nueva.—R.

LOS SALONES DE PARÍS DE 1906

En números anteriores hemos publicado algunos cuadros de los que han figurado en los Salones de París del año actual; en el presente reproducimos varios más y sucesivamente reproduciremos otros. De esta suerte habremos dado á conocer á nuestros lectores las obras más notables que en aquellas exhibiciones han podido admirarse.

Son varios los cuadros de Alfredo Agache, el autor de *Figura decorativa*, que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA han aparecido, y en todos ellos se observa la misma tendencia al simbolismo, pero á un simbolismo que se armoniza con la realidad. Sus figuras nada tienen de ideales, son hombres y mujeres que, físicamente considerados, en nada se apartan de lo vulgar y corriente; y sin embargo, hay en todas ellas algo inexplicable que las eleva muy por encima de la prosa de la vida, que, como en la matrona del lienzo que nos ocupa, el artista ha sabido poner en el rostro y en la actitud y que las diferencia del común de los mortales, logrando que expresen algo muy hondo y muy trascendental.

A un género bien distinto pertenece *Riña de gallos*, de Ivanowitch. Es una escena sorprendida en la intimidad de uno de esos pueblos orientales, que tantos atractivos tienen para los artistas por lo pintoresco de sus trajes y lo típico de sus costumbres. El pintor no ha necesitado recurrir á su imaginación para producir una obra grata á los ojos; le ha bastado poner en ejercicio su espíritu de observación y trasladar luego fielmente á la tela lo observado, dando á cada personaje su valor propio, agrupándolos á todos en armonioso conjunto y combinando en su paleta la rica gama de colores que el asunto requiere.

¡Hermosa y simpática figura la de *La dama del sombrero!* Belleza, elegancia, gracia, todo lo reúne; sus ojos de expresión dulcísima, su boca de líneas irreprochables, sus cabellos artísticamente desordenados y tocados con sencillo fieltro, su cuerpo de esbeltez exquisita, su actitud airosa, todo en ella cautiva y atrae, todo pregona el buen gusto, el talento, el dominio de la técnica de su autora, Mme. Curot-Barberel.

¿Qué hombre no recuerda su *debut* en sociedad, su entrada en el gran mundo? ¿Y quién al recordarlo no se verá reproducido en el protagonista de *El primer baile*, de Faugerón? Vedle ahí tímido, encogido, apartado de los demás, de los veteranos, con quienes no se atreve á alternar y á quienes no puede imitar por más que quiera. Bien le seducen las muchachas en-

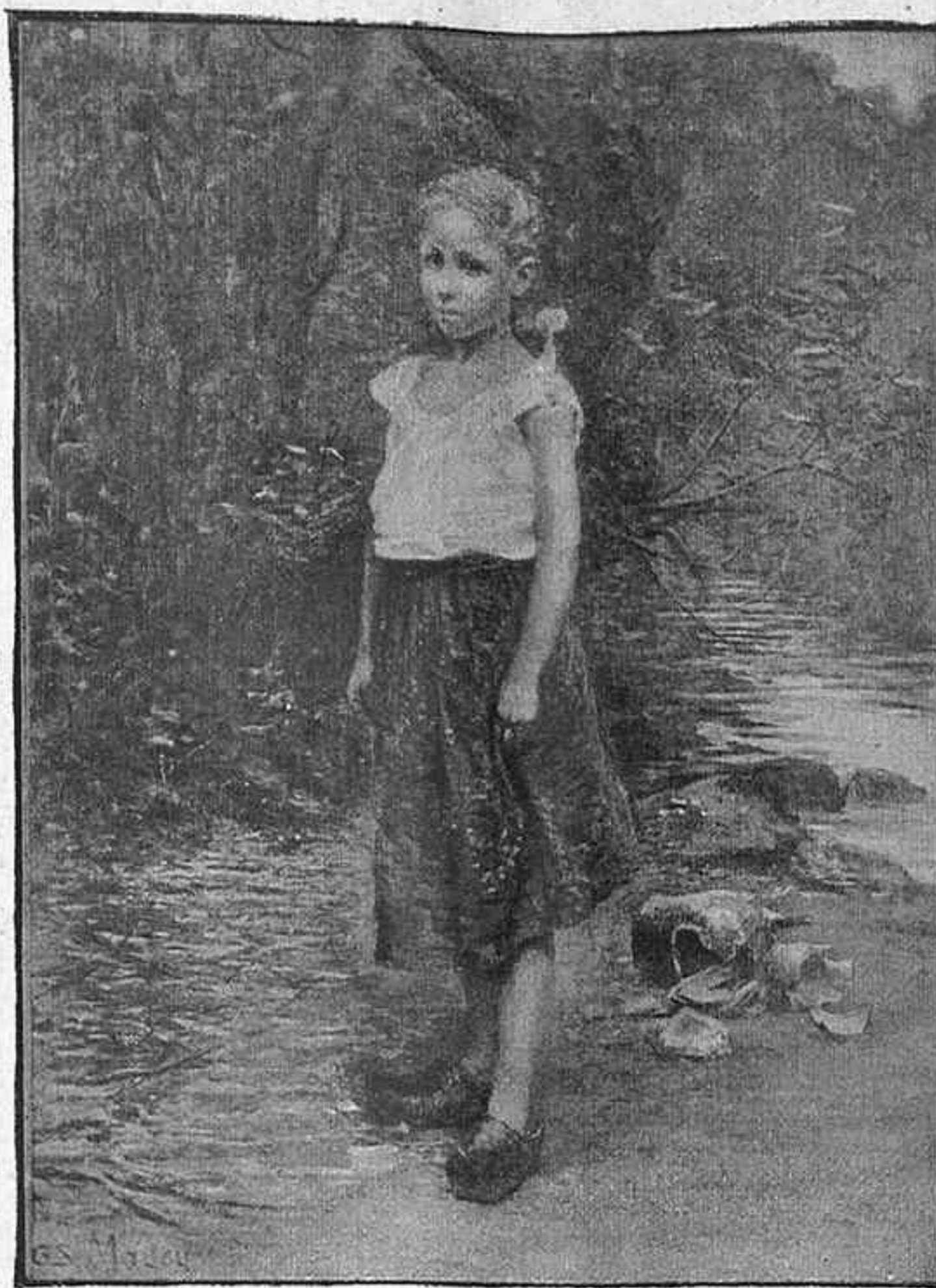
cantadoras que pueblan aquellos salones; bien envidia á los que enlazándolas con sus brazos las arrastran en las vertiginosas vueltas del vals ó se inclinan ante ellas y unidos á ellas trazan las graves figuras del

dad del cielo azul; dentro de un rato acudirán los mozos del lugar, y se ensanchará el círculo y alternarán ellos y ellas, y juntos acabarán la tarde en santa paz y sana alegría.

En la antesala del editor es un estudio psicológico ó, mejor dicho, una serie de estudios psicológicos. Todos los personajes que en él intervienen están además de bien observados intensamente sentidos. El joven poeta lleno de ilusiones, que todo lo espera del editor para ser conocido del gran público y ver de este modo abiertas las puertas de la gloria; el escritor escéptico que piensa en el precio probable que le ofrecerán por su última novela, si es que la novela es aceptada; el anciano que tal vez va á solicitar un modesto empleo y que se ha dormido mientras le llega el turno de entrar en el santuario editorial; la enlutada señorita, novata en esas lides á juzgar por la expresión de su cara y por su actitud, que viene á ofrecer acaso por un pedazo de pan la obra póstuma de su padre; el dependiente que, insensible á todas aquellas esperanzas, deseos y emociones, mata el tiempo leyendo un periódico, son otras tantas almas que sienten y piensan, encarnadas en cuerpos que realmente viven sus ideas y sus sentimientos.

La alegría roja, de Rochegrosse, ha sido el *clou* del Salón de la Sociedad de Artistas franceses y ha obtenido la mayor recompensa, la medalla de honor. Es una composición de una grandiosidad imponderable y de una ejecución bajo todos conceptos magistral. La idea fácilmente se comprende: es la imagen de los mayores azotes que afligen á la humanidad, la guerra, la destrucción, el saqueo, el incendio, prosiguiendo su marcha victoriosa, que la civilización no ha logrado contener, arrollándolo todo, devastándolo todo, por el solo placer del mal, y respondiendo con satánicas carcajadas de bestial alegría á los ayes de dolor de las víctimas que los cascos de sus caballos pisotean y que sus asquerosos brazos profanan. No hay manera de describir una por una las bellezas de ese cuadro; cada figura es una obra maestra, y la variedad inmensa de expresiones y de actitudes demuestra una potencia de concepción tan vigorosa y un dominio de la técnica tan absoluto como solamente los vemos en los verdaderos genios. La impresión que *La alegría roja* produce es de asombro, así en el conjunto como en los pormenores, así por el pensamiento como por la forma que el famoso maestro ha sabido darle.

Digno de especial mención es asimismo el cuadro de J. Geoffroy representando un *Colegio de niñas del*



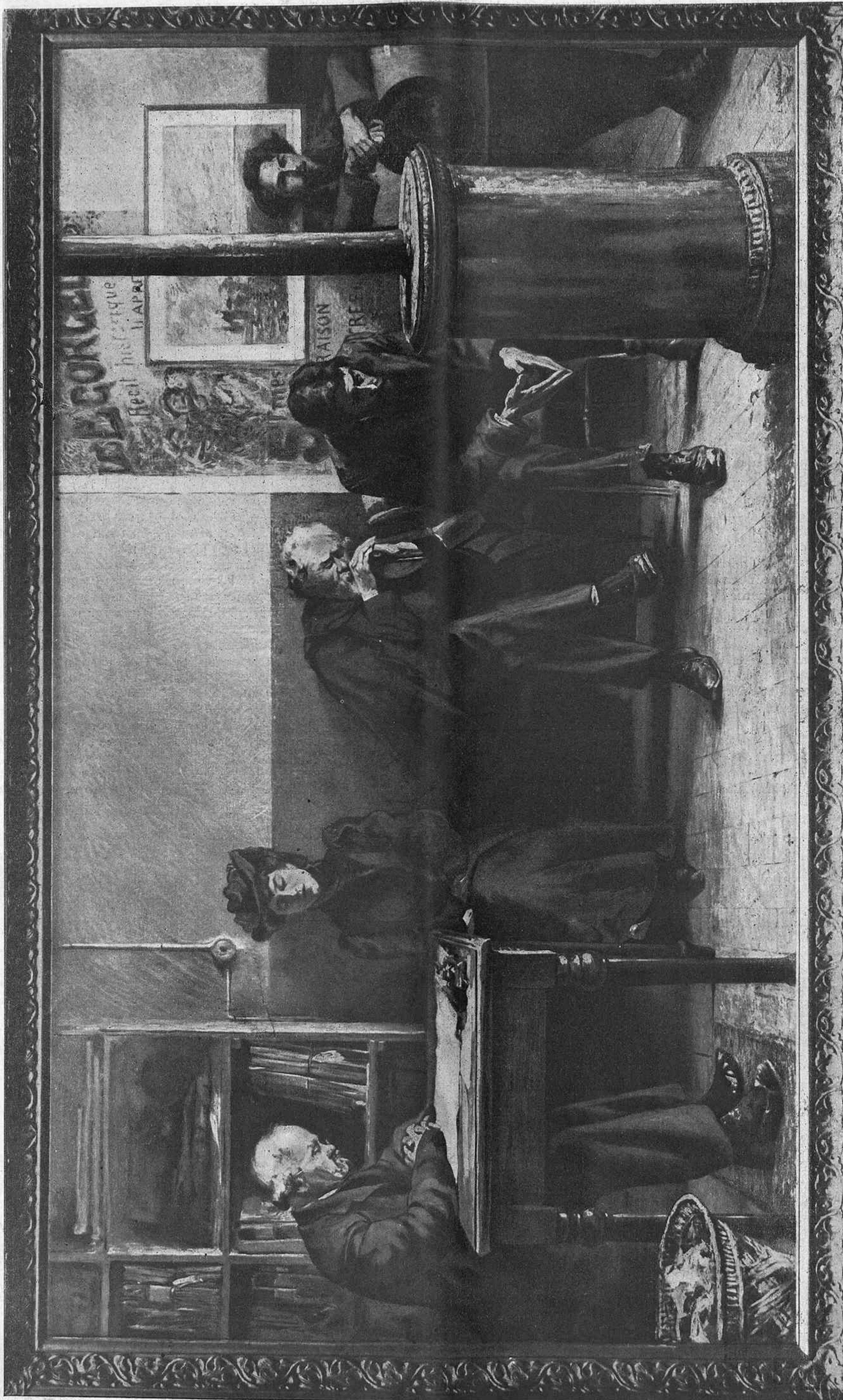
Roto el cántaro, ¿qué haré?, cuadro de G. S. Maury

ceremonioso rigodón; pero algo más fuerte que su deseo le impide lanzarse, y si alguna niña compasiva se le acerca y trata de allanarle el camino, el infeliz se sonroja, entorna los ojos, y aunque sus labios intentan sonreírse, la sonrisa es triste como de quien se siente vencido ya antes de empezar una lucha. ¡Qué bella, qué real la escena pintada por Faugerón!

También representa un baile la *Danza campestre*, de Doigneau; pero ¡cuánta diferencia de este cuadro al anterior! Aquí nos coloca el artista en medio de la naturaleza; aquí no hay artificios, todo es sencillez, franqueza, hermandad. Muchachas solas danzan en regocijada ronda, teniendo por alfombra el polvoriento camino ó el verde césped y por techo la inmensi-



Ensueño, cuadro de C. A. Lenoir. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)



EN LA ANTESALA DEL EDITOR, cuadro de L. Balestrieri

(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)



LA ALEGRÍA ROJA, cuadro de G. Rochegrosse, premiado con la medalla de honor
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)

Asilo de Beaune en la procesión, que ha figurado también en el Salón de la Sociedad de Artistas franceses, obra preñada de delicado sentimiento, que evoca el recuerdo de una costumbre de Borgoña, de esa región tan rica en tradiciones, en donde se rinde ferviente culto á las creencias, ofreciendo al artista vasto campo para su observación, cual acontece con el pintor á quien aludimos, ya que en esa interesante agrupación de infantiles creyentes ha sabido expresar la candidez y el fervor.

Roto el cántaro, ¿qué hará?, de G. S. Maury, expuesto en el mismo local, es otra producción que, á pesar de la sencillez y trivialidad del asunto, interesa por su simplicidad y por haber sabido el autor representar la angustiosa situación de la pobre niña, presa su ánimo de cruel congoja al darse cuenta del efecto producido por su inadvertencia.

En el *Ensueño*, de C. A. Lenoir, una sola figura, ó mejor dicho, parte de ella, bastan al artista para significar su pensamiento, proponiéndose sin duda demostrar que según sea el dominio que en nuestra imaginación ejerzan las impresiones que recibimos y los sentimientos que se aniden en nuestro corazón, despiertos, pero con la mirada perdida en la inmensa vaguedad de las ideas, construimos *castillos en el aire*, ó bien soñamos, que no otro nombre merecen las rápidas variaciones á que nos conduce la fantasía. Este fenómeno psicológico manifiéstase en la edad juvenil, en la que todo aparece á nuestra vista con los atractivos de la belleza y del idealismo. La actitud, la luz hábilmente combinada y la hermosa tonalidad del conjunto contribuyen á aumentar el efecto que esta obra produce. En los ojos de la joven y en su inclinada cabeza adivínase que se halla entregada á recuerdos que la absorben.

Cuanto al *Café concierto en Sevilla*, obra de R. Canals, que se ha exhibido en el Salón Nacional de Bellas Artes, hemos de consignar que reproduce una página de costumbres de la reina del Guadalquivir, exuberante de animación y vida, que el artista ha sabido expresar en toda su vibrante realidad. Quien haya visitado la ciudad andaluza ha de conservar el recuerdo de esa clase de espectáculos, esencialmente locales, característicos, en los cuales se vierte á raudales la gracia y donaire de nuestras meridionales compatriotas, en donde después del *cante*, plañidero, vivo y retozón, repleto de chistes, producto de fecundas imaginaciones, comienza el baile, recordando uno y otro razas y pueblos que desaparecieron, de los cuales quedan estas manifestaciones, que persisten á pesar de las evoluciones y de la marcha de los tiempos.

Castañas calientes titúlase la maliciosa producción de P. Chocarne-Moreau, que ha figurado en el Salón de la Sociedad de Artistas franceses, inspirada en la picaresca travesura de unos niños á quienes su pecado les acarrea la consiguiente penitencia, ya que su golosina y atrevimiento recibe el castigo de quemarse los dedos al atreverse á sacar del asador las castañas que se preparan para la venta. Y á este objeto creemos oportuno observar el propósito nobilísimo que revelan las producciones de algunos ar-

tistas, quienes convencidos y penetrados de la misión que han de llenar en la época en que vivimos, reproducen cuanto nos rodea, cuanto se agita y vive á nuestro alrededor, aportando materiales para la his-

forma redonda; de puro estilo Luis XVI, montada en oro cincelado y adornada con cuatro pinturas á la aguada firmadas por el célebre Van Blarenberghe, se ha pagado 48.000 francos, y 53.500 por una bellísima papelería plana, época Luis XV, adornada con bronce cincelados y dorados, debida al maestro ebanista Joseph.



Café concierto en Sevilla, cuadro de R. Canals (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1906.)

toria, ya que esta clase de producciones, destinadas muchas de ellas á transmitirse á las venideras generaciones, han de servir para dar á conocer, en una forma siempre agradable, tipos, escenas y costumbres que de otra suerte sería difícil conocer ó adivinar. — S.



Castañas calientes, cuadro de P. Chocarne-Moreau (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—PARÍS.—En el Hotel de Ventas han terminado las de toda clase de objetos de valor artístico que comprendía la última serie. Por una preciosa tabaquera de

Espectáculos.—BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Zarzamora*, comedia en un acto de los Sres. López Silva y Pellicer; *Eva*, comedia en un acto de M. Zarraga; *La Sardinera*, comedia en un acto de Luis Ibáñez, y *Morritos*, entremés en un acto de los hermanos señores Quintero; en el Eldorado *El deber*, comedia en dos actos de los Sres. Catarineu y Mata; *Don Pedro Caruso*, drama en un acto de Roberto Braco, traducido por los Sres. Costa y Arimón; *La ráfaga*, drama en tres actos de Bernstein, traducido por Ricardo J. Catarineu y Manuel Bueno; *Los noveleros*, comedia en tres actos de Edmundo Rostand, traducida por Antonio Palomero; *Las cigarras hormigas*, comedia en tres actos de Jacinto Benavente, y *La huelga de los herreros*, monólogo de Coppée, traducido por Ricardo J. Catarineu; en el Circo Barcelonés *La bagassa*, drama en tres actos, en catalán, de Juan Puig y Ferrater; y en el teatro Nuevo el monólogo *Asahares*, de Luis Planas de Taverner.

Necrología.—Han fallecido: Antonio Grilo, poeta español, de inspiración inagotable, de imaginación lozana y de una facilidad para versificar pocas veces superada.

Juan Martorell, arquitecto español, que edificó en Barcelona, su ciudad natal, gran número de monumentos y edificios públicos, que le granjearon muy eminente lugar en la moderna escuela arquitectónica catalana.

Eduardo de Hartmann, notable filósofo alemán, autor de varias importantes obras.

Pablo Duval, celebrado novelista, poeta y periodista francés, más conocido por el seudónimo de Juan Lorrain.

Carlos Hummel, paisista alemán, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Weimar.

P. de Josselin de Jong, notable retratista y paisista holandés.

Juan Felipe van der Keller, ex director del Gabinete de Pinturas de Amsterdam.

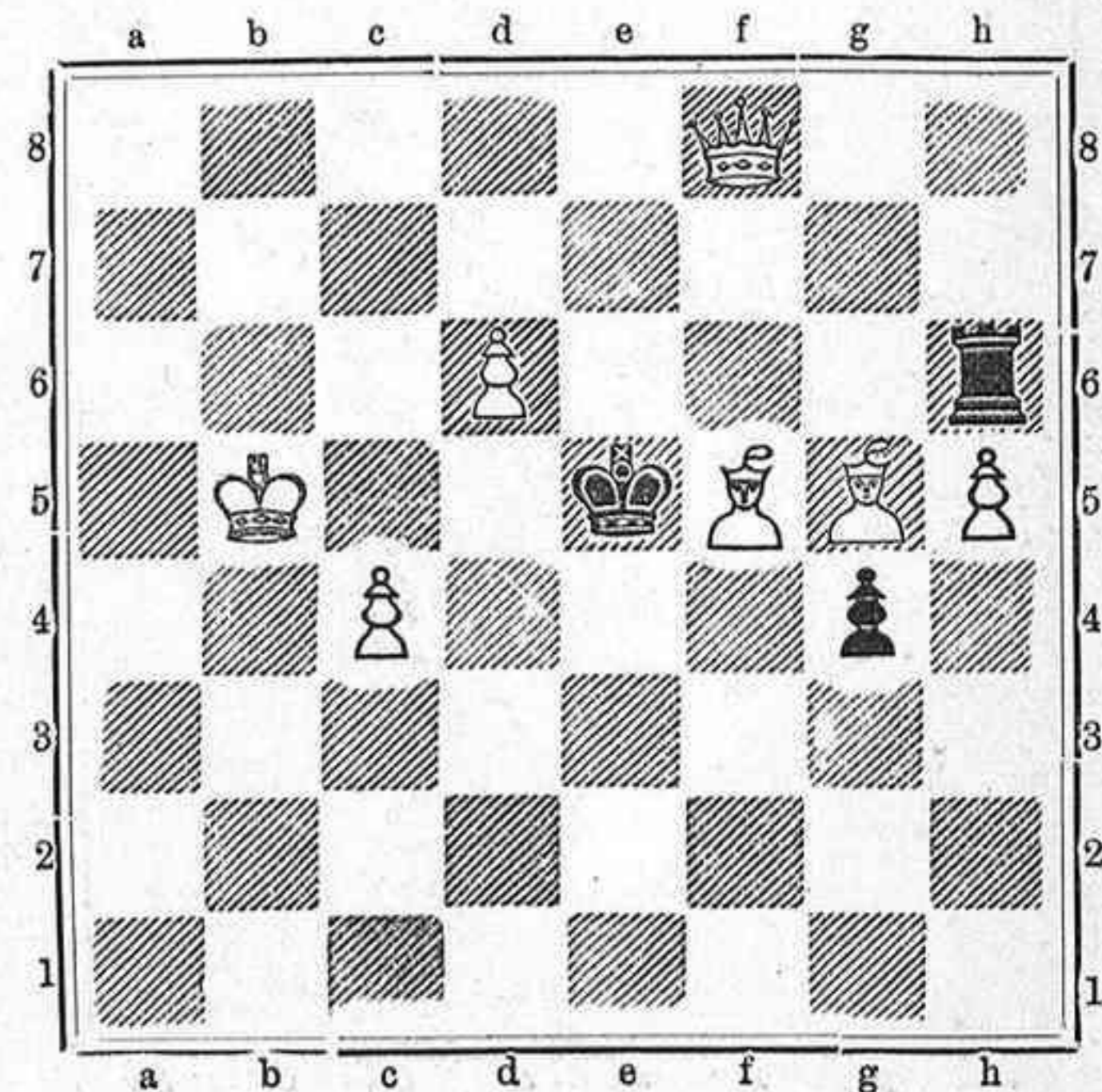
Dr. Platón Michailowitch Melioranski, eminente orientalista ruso.

Hennie Raché, novelista alemana.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 432, POR V. MARÍN.

NEGRAS (3 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

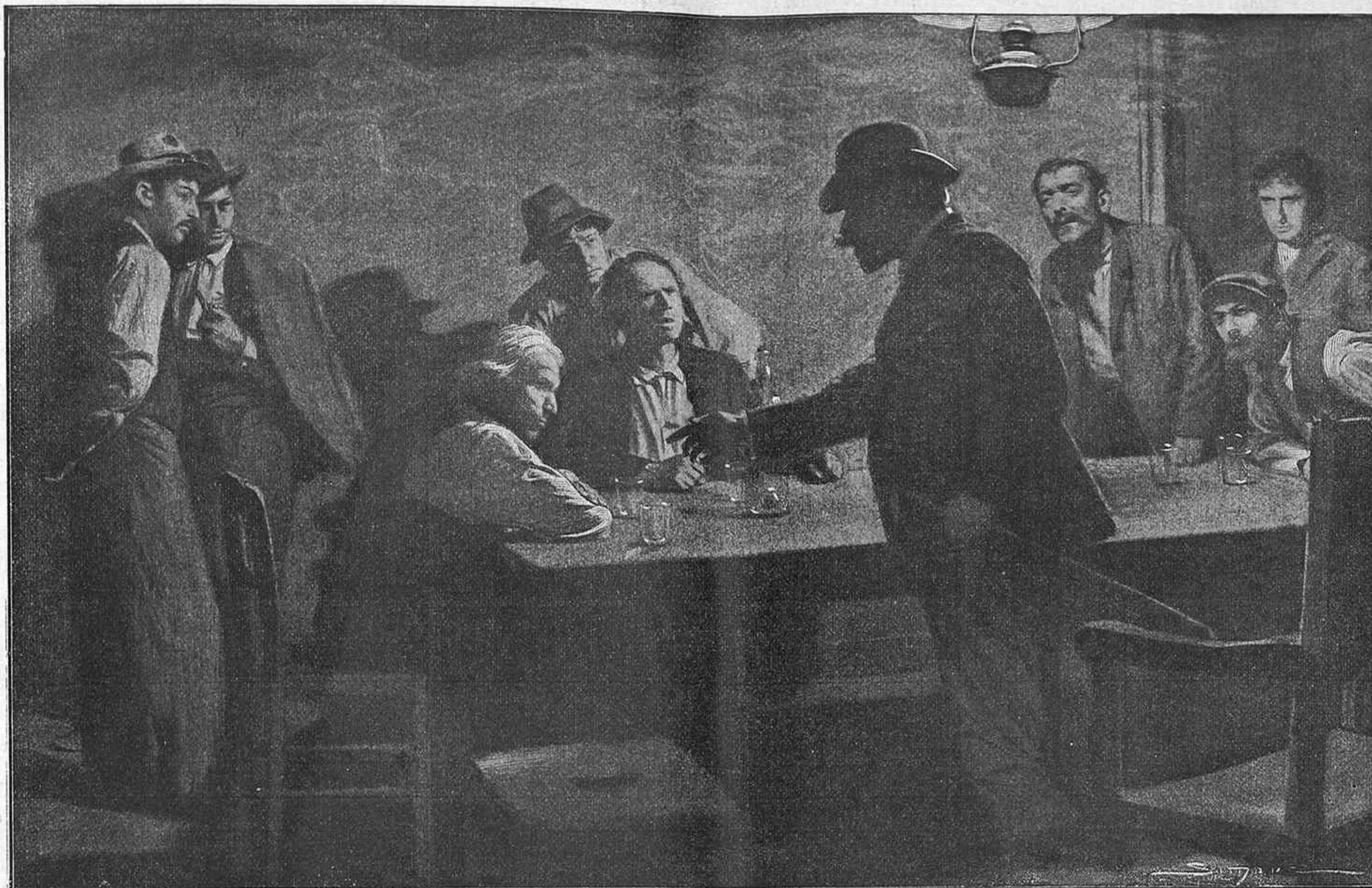
SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 431, POR V. MARÍN.

- | | |
|-----------------|-------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. D f2 - f7 | 1. Ra8xb7 |
| 2. Cd7-b6 jaque | 2. R juega. |
| 3. D mate. | |

VARIANTES

- | | |
|--------------------|------------------------|
| 1.... T b1xb7; | 2. D f7-a2 jaque, etc. |
| T b1-b2, b4, etc.; | 2. A d3-e4 etc. |
| Otra jugada; | 2. D f7-a2 jaque, etc. |

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, B^{is} ITALIENS, PARIS.



El conde se levantó no pudiendo estarse quieto

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

El conde Juan volvió al castillo de una galopada; tenía necesidad de movimiento y de velocidad; el viento que le azotaba en su carrera activaba todavía el vértigo de sus reflexiones. La noche había cerrado llena de estrellas en un cielo radiante; una noche hecha para los paseos furtivos de tímidos amantes.

Juan se apeó delante de su puerta y confió el caballo á un lacayo que le salió al encuentro.

—¿El señor vizconde?

—El señor vizconde está en el salón.

—Bien.

Juan entró; su hijo, en efecto, estaba sentado en un sillón y reflexionando profundamente en la obscuridad. El conde no le distinguió, pero el joven se levantó y salió á recibirle.

—Vengo de allí, dijo el conde.

—¿De dónde?

—De casa de los Piscop y los Grivoize.

—¿Tú, mi padre?..

—Yo, tu padre... Tienes razón; son unos bandidos. Es maquiavélico, inconcebible. Hemos sido minados silenciosamente durante años y hoy es la explosión de un odio secular; si no pagamos estamos perdidos.

—Lo sospechaba, respondió el vizconde; había oído al enemigo.

El conde no le escuchaba y le interrogó brevemente.

—¿Qué pasa aquí? Tu madre...

Jacobo hizo un gesto de aburrimiento y de tristeza.

—Está durmiendo; ya sabes, esta era la respuesta acostumbrada en otro tiempo... Está durmiendo, es decir, que una vez más se encuentra en el sopor de la morfina. He querido verla hace un momento y me ha rechazado con un grito y ojos de espanto... Tiene otra vez miedo de mí, del heredero de los Reteuil que se matan.

Juan se estremeció y miró á su hijo con el corazón oprimido por una nueva angustia; después replicó encogiéndose de hombros:

—Dejemos estas tonterías; tenemos demasiados

motivos serios de disgusto para ocuparnos en vanos sueños... ¿Ha venido la señora de Reteuil?

—Hoy no.

—Ven entonces; vamos á su casa.

El padre y el hijo se fueron á pie cortando por los atajos del bosque. Por el camino preguntó el conde:

—¿Has visto á Arabela?

El joven respondió dando un suspiro:

—Sí, esta tarde.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no comprende... Ha escrito á su padre que venga en seguida.

—¿Es verdad?

—Quién sabe...

—¿No está cambiada contigo?

—No parece... Además es impenetrable. Miss Bella es una esfinge.

—¿Su madre?

—No ha venido; parece que está muy enferma en la cama.

—Inoportuna enfermedad... En fin, todo esto se va á poner en claro muy pronto... Pobre hijo mío, temo que no estemos más que á la mitad del camino del sufrimiento... He sido muy culpable.

—No te acuses, padre mío.

—Tienes razón, no es este el momento. No hay que quejarse, sino que defenderse y luchar palmo á palmo contra la invasión de los bárbaros... Si los hubieras visto...

—Supongo que los has tratado...

—Puedes estar tranquilo, iba á conciliarlo todo y á pedir tiempo... Pero me hervía la sangre delante de aquellos brutos y lo he echado todo á rodar... Los he azotado como negros. Pero no me arrepiento, pues el resultado hubiera sido el mismo aunque les hubiera suplicado de rodillas. Esos bandidos premeditaban el robo hace mucho tiempo.

—Por fin, dijo Jacobo, me consuelas un poco; tus consideraciones me atacaban los nervios... ¿Gervasio?..

—Tiene lo que necesitaba. El es, en verdad, el único que me ha hecho frente un minuto, pero le he destrozado particularmente... Ahora vendrá su venganza... ¡Si yo tuviera dinero!

Llegaron al castillo de Reteuil y la anciana amiga de los Carmesy los recibió en bata, papillotes y gorro de dormir.

—Buenas tardes, hijos míos... ¿Qué nueva desgracia?..

—Tranquilícese usted, dijo Juan, no hay nada nuevo; la cosa no puede ir peor; pero tenemos que hablar. Tengo dudas ó, más bien, temores. ¿Cómo está usted con el marqués? ¿Qué fondos ha colocado usted por su consejo en el famoso *Modern Ahorro*?

La de Reteuil abrió las dos manos en un sencillo ademán.

—Es fácil de saber; todo lo que tenía. Dinero y valores negociables por más de quinientos mil francos.

Valróy apretó los puños.

—Está bien, dijo; con la dote de Antonieta son seiscientos mil arrojados á ese abismo, porque es un abismo, señora, un abismo sin fondo... Tengo ahora casi la certeza. ¡Ah! Los Carmesy nos cuestan caros...

—Papá...

—Juan...

Jacobo y la anciana se referían cada uno á un pensamiento distinto. El conde siguió diciendo:

—No acuso á usted ni á nadie; no tengo ese derecho porque soy el primer culpable. Si no hubiera dissipado mis bienes, no hubiera tenido necesidad de dinero, Godofredo no me lo hubiera ofrecido y no nos hubiera arrastrado á todos al abismo en que nos agitamos. Mañana iré á París, al *Modern Ahorro*, y veré lo que vale esa extraña compañía financiera. ¡Cuántos reproches tengo que hacerme en esta ocasión! Lo he aceptado todo con los ojos cerrados, después de haber tenido tantas prevenciones... Mi estupidez no tiene igual y he merecido lo que sucede; pero ustedes..., ustedes...

La anciana gimió á su vez y confesó sus errores:

—Si todo eso es verdad, Dios mío, ¿en quién creer? Yo soy, mi pobre Juan, quien le llevó a usted el marqués y le suplicó que confiase en él... Lo recuerdo. Yo también confieso mis culpas, y no son menores... Se irguió, queriendo cobrar valor.

—Pero no; no es posible; Carmesy va a venir y a arreglar todo esto... Seremos dichosos todavía... Yo creo...

—Dios oiga a usted, señora, pero yo no creo ya nada, interrumpió el conde con voz sorda.

Se levantó y la de Reteuil tomó por testigo a su nieto, que triste y con la cabeza baja escuchaba sin decir nada.

—Vamos a ver, tú, Jacobo, habla; ¿sospechas de Carmesy, de Adelaida y de Arabela?

El joven sonrió tristemente:

—Yo..., yo no sé nada... Defenderé a Arabela mientras me quede aliento. La creo inocente de estas maniobras; es tan joven..., y además los negocios de dinero no atañen a las muchachas. La marquesa... tenía yo gran fe en ella..., pero esa fe ha disminuído acaso. En cuanto al marqués, su partida precipitada, sin advertirnos, y su ausencia en estos días, me parecen inexplicables ó de una explicación terrible... Tengo miedo, sí, mucho miedo, la verdad.

Se calló porque su voz era temblorosa y tenía vergüenza de su emoción.

El padre y el hijo volvieron a Valroy por la carretera, discutiendo las probabilidades buenas ó malas; pero hablaban sobre todo por hacer ruido y aturdirse, pues ni el uno ni el otro creía en lo que decía ni en lo que decía su compañero. Era aquello el cataclismo. El conde estaba seguro de que el día siguiente iba a saber en el *Modern Ahorro* algún nuevo desastre. Jacobo tampoco lo dudaba. Carmesy de viaje era Carmesy en fuga; era la confesión; todo lo que él había edificado debía derrumbarse.

Jacobó, sin embargo, se agarraba a una última esperanza. Si el marqués pensase alejarse para mucho tiempo, no hubiera dejado a su mujer y a su hija detrás de él. Pero el joven refutó él mismo esta afirmación. ¿Por qué no, después de todo? Adelaida y Arabela no arriesgaban nada permaneciendo solas en la villa Rústica. Aun cuando estuviese probado y averiguado que el marqués había conseguido arruinar a Valroy y Reteuil juntos, nadie pensaría en hacer responsables de sus actos a aquellas dos mujeres, que podían quedarse en el país sin tener nada que temer. ¿No sería él el primero en protegerlas?

Al pensar en esto embotó su cólera un sentimiento de infinita dulzura.

Los dos hombres, de la misma estatura, andaban rápidamente por la carretera; la luna proyectaba delante de ellos, como vanguardia, sus dos inmensas sombras; la noche era clara y un poco fría.

En un repliegue del terreno dormía el caserío de Taillefontaine, con sus cabañas diseminadas y su pobre iglesia, sin una luz detrás de sus vidrios muertos; un perro ladró y rompió el silencio.

Padre é hijo llevaban el mismo pensamiento. ¡Era verdad, Dios mío! Mañana, acaso, aquellos paisajes familiares, aquella tierra, todo lo que formaba sus propiedades, sería dividido y despedazado por una cuadrilla de ávidos bandidos. Les quitarían sus bienes, delante de ellos, por la fuerza, y no tendrían más que cruzarse de brazos y dejar hacer, para volver después la espalda a los antiguos muros amigos y partir sin objeto hacia cosas nuevas.

Ante esta perspectiva sus corazones se oprimieron; los dos sintieron por adelantado la amargura y la áspera nostalgia de los desterrados errantes, sintiéndose ya extranjeros en aquella atmósfera y con vergüenza de que así fuese.

De repente sonaron detrás de ellos unos pasos precipitados y poco seguros, el ruido de un galope de bestia perseguida; después una voz sin aliento gritó:

—¡Jacobó!

El conde y el joven se detuvieron bruscamente, hasta tal punto resultaba siniestra en el silencio de la noche aquella llamada ronca y casi desesperada.

Volvieron la cabeza y esperaron ansiosos; poco después, una forma ó más bien una masa rodó hasta ellos con un ruido de fuelle roto y un lastimoso anhelo. Y aquello hablaba.

—Señores..., perdón si he dicho Jacobo..., pero era preciso para llamar a ustedes... Señores, ella se va... Ellas se van... ocultamente, sin decir nada..., sí, en la villa...

Habían conocido a Berta y la escuchaban horrorizados, pues se estaba ahogando con el pecho levantado por el hipo, la cara lívida y los ojos saltones; y las palabras que decía la estrangulaban al salir.

Al oír la advertencia, los dos se estremecieron; Jacobo dió un salto.

—¿Qué dices?... ¿Se van los de la villa Rústica?

La mujer, comprimiéndose con ambas manos las

agitadas caderas, hizo con la cabeza una señal enérgica.

—¡Sí!

Y por retazos, por sílabas, trató de precisar:

—Esta tarde ha venido un coche... de la villa..., el tren..., las once..., son las diez... Se van..., cargan las maletas... Entonces he corrido..., aquí estoy.

No lo decía todo. Advertida por casualidad de que la marquesa había encargado un coche, había adivinado en seguida alguna fuga fraudulenta, contraria a los intereses de Jacobo y por la que éste sufriría.

Entonces había acechado y espiado como ella sabía hacerlo, sin que se sospechase su presencia, oculta entre la espesura.

Jacobó ni siquiera le dió las gracias, estaba ya lejos, corriendo hacia la villa Rústica. Cuando Jacobo no estuvo ya allí, Berta se dejó caer como un montón en la cuneta del camino, siempre anhelosa.

El conde Juan la miró y sintió a la vez una inmensa piedad y una inmensa repugnancia; piedad hacia aquel pobre ser caído, pero fiel, sin embargo, a sus primeros cariños, pues el conde no dudaba de que Berta le adoraba todavía; repugnancia por la que había llegado a ser una criatura deforme. Juan se estremecía recordando el pasado de la hermosa Berta y pensando que había amado la juventud de aquella cosa decrepita.

Berta estaba delante de él derrumbada, casi asfixiada, trágica, con las piernas abiertas y las manos crispadas en la hierba. Por fin dijo todavía:

—Señor conde, sigale usted; no se sabe lo que va a hacer.

—Es verdad, murmuró Juan pensativo. Gracias, Berta. Adiós.

A los trescientos metros se detuvo, sin embargo, vaciló, estuvo unos minutos pensativo en medio del sendero y por último volvió pies atrás.

—No, dijo en voz alta, no voy a hacer más que importunarle... Es negocio de amor.

Y siguió de nuevo el camino de Valroy. Berta había desaparecido.

Jacobó seguía corriendo. Cortó por una antigua cantera, cuyos agujeros y sinuosidades conocía, tomó por un campo de zanahorias, que pasó a saltos, y vió por fin, reluciendo a la luz de la luna, el tejado de pizarra de la villa. Estaba cerca. Delante de la puerta había parado un ómnibus de ferrocarril con imperial para los equipajes; los faroles arrojaban fulgores rojizos en la noche.

Cuando Jacobó apareció, dos hombres estaban cargando penosamente un baúl muy pesado, apoyado por una esquina en la rueda de delante; el cochero, en pie sobre el techo, tiraba de él con una cuerda, y un campesino, vecino sin duda, hacía mil esfuerzos para levantarle.

Al ver surgir en medio de la noche un hombre, el cochero se alegró.

—Eche usted una mano, compañero, gritó.

Arabela, que salía de la casa, repitió la invitación, pero en otra forma:

—¿Quiere usted ayudar? Se le dará propina.

Pero retrocedió de repente dando un grito ahogado; a la luz amarilla había conocido a Jacobo. Por muy dueña que fuese de sí misma, se quedó sorprendida; y cómo estaba inquieta, se puso insolente.

—¡Usted!

Y esta palabra sonó seca, hostil, amenazadora. Jacobo comprendió por aquellas dos sílabas que su causa estaba perdida y que también ella era cómplice de la ruina de Valroy; se contuvo sin embargo, y con voz fría respondió:

—Yo.

Después preguntó:

—¿Deserta usted?

Bella palideció y dijo sordamente:

—No comprendo; cualquiera diría que no somos libres...

—No, gritó violentamente el vizconde, usted no lo es... ¿Luego mentía usted? ¿Luego hace cinco años que está usted mintiendo?

Bella buscaba todavía pretextos y excusas. Con los ojos fijos en el suelo, declaró:

—Juzga usted demasiado de prisa y me condena sin oírme. Esta partida repentina tiene sus razones. Mi padre está muy enfermo y nos llama a su lado. ¿Qué tiene esto de extraño?

El joven se encogió de hombros.

—Nada, en efecto, nada tiene de extraño..., todo es muy natural; tan natural, que no ha pensado usted siquiera en avisarme y esta tarde todavía me ha dejado usted soñar con un amor eterno y me lo ha jurado por centésima vez...

—El telegrama ha llegado hace dos horas.

Jacobó la miró de frente, y ella evitó esa mirada; entonces el joven respondió brutalmente:

—No creo ni una palabra. No hay tal telegrama ni

su padre de usted está enfermo. Huye usted porque nos amenaza la ruina, que es su obra de usted y de sus padres; sí, de todos los Carmesy...

Bella se irguió, herida en su orgullo.

—Es usted absurdo; no hay nada de eso. Si el conde de Valroy ha disipado su fortuna, la culpa no es de nadie más que suya. Esto es lo que se gana esforzándose por salvar a los que se ahogan; ese es el agradecimiento.

Jacobó recogió la palabra y respondió en tono amargo:

—¡El agradecimiento!.. Está completo; mas aún, esto excede a todo... Oiga usted, Arabela, hace apenas una hora la defendía a usted y no quería creer en su complicidad en tal aventura. Pero su fuga me prueba que me equivocaba una vez más; es usted un instrumento en la mano de su padre. Es usted una admirable comedianta, pero bueno es que sepa que sus gaterías no engañan ya a nadie..., ni a mí... no, ni siquiera a mí... Y, sin embargo...

Se calló porque su voz no era ya segura; y ella cobró audacia al verle flaquear. Era preciso aprovechar aquella pequeña ventaja.

—Gracias, señor de Valroy, esas son buenas palabras; si tuviese alguna pena, bastarían para disiparla.

—¿No tiene usted pena?

—No; no puedo tenerla por un viaje de ocho días acaso.

Aún trataba de ilusionarle y él comprendió la mentira, pero se dejó coger todavía un minuto, tanto deseaba ser tranquilizado.

—¿Ocho días?

—Sin duda; aunque sean quince... Cuando vuelva, Valroy estará todavía en su sitio.

—¿Quién sabe?

Se quedó pensativo; y después, cogiéndole las dos manos y atrayéndola hacia él, le dijo:

—Arabela, júreme usted que su corazón no ha cambiado desde los primeros días en que decía que me amaba; que la mujer que es usted hoy tiene los mismos sentimientos para mí que aquella niña.

Por los ojos de miss Bella pasó un breve fulgor burlón; bajó la cabeza y respondió con una voz que quería ser franca:

—Eso se lo juro a usted.

No se comprometía a mucho, y él debió de comprenderlo, pero esta vez todavía prefirió ser engañado.

Sin embargo, la luz iba entrando poco a poco en su pobre alma espantada; empezaba a ver claro, a sospechar de aquella muchacha singular, a penetrar aquel enigma viviente cuyo secreto pesaba sobre toda su vida. Después de un momento de silencio, añadió con ironía:

—¿Quiere eso decir que no me ha amado usted nunca?

Bella se impacientó. Dos veces ya la marquesa Adelaida se había asomado a la puerta y le había hecho seña de que cortara la conversación, en la que ella no quería mezclarse. La hora pasaba, los equipajes estaban al fin cargados. Jacobo iba a hacerles perder el tren.

—Estamos diciendo siempre lo mismo y así no adelantamos nada. Además, esto es desagradable. Tengo derecho a tener una voluntad; cualquiera que sea, respétela. ¡Abur!

Bella trataba de desprenderse, pero él la retuvo.

—No, así no..., sería demasiado cómodo y se reiría usted dentro de un momento cuando el coche se hubiera marchado. Por mucho que usted diga, veo que huye para no volver. Huyen ustedes después de dar el golpe, como dos criminales cuyo jefe se ha escapado el primero. Dice usted que se va por ocho días, y hay en el ómnibus cuatro grandes baúles y dos cestos de mimbre. Se llevan ustedes todo menos los cuatro muebles que no quieren conservar... Es una mudanza sin propósito de regreso... No hay en ustedes más que cobardía y traición... Pues bien, tenga al menos el valor de sus actos y confíselo; eso será más leal. Reivindiquen ustedes sus derechos de mujeres libres y terminemos todo esto con una carcajada. Reconozcamos que la farsa ha estado bien representada.

Se calló y esperó; pero ella permaneció muda. Jacobo siguió diciendo:

—No responde usted y yo lo haré en su nombre. He aquí lo que debía usted decir: «Sí, durante cinco años me he burlado de usted y de los suyos; he ayudado a mi padre a entrar en sus casas; cuando el agujero es estrecho, los niños pasan los primeros... y esto es lo que he hecho; estaba amaestrada para agrandar y he agrorado a los viejos, a los jóvenes, a los hombres, a las mujeres, a todos. He prodigado miradas, hecho gestos y afirmado mis caprichos, pues parece que para ser tan voluntariosa hay que estar segura de sí misma... He vuelto todas las cabezas y escamoteado todos los corazones, mientras mi madre estaba en acecho y mi padre forzaba las cerraduras y registraba los

cajones. Todo ha resultado maravillosamente; las buenas personas que nos habían recogido con los brazos abiertos y los ojos cerrados están en peligro y su casa se inclina. Entonces abrimos la puerta á los bandidos del exterior para que acaben de consumir la ruina, y nos escapamos sin volver la cabeza, llevándonos, sin duda, en el bolsillo el precio de nuestras sonrisas y de nuestras traiciones.» Sí, esto es lo que usted diría si tuviera sencillamente un poco de valor... Pero no, en vez de eso, niega la evidencia y se esquivo como un chiquillo mal criado, gritando: «No es verdad.»

Jacobo, en la prueba, volvía á ser el mismo, lo que era en otro tiempo, un joven violento y pronto al ultraje, que se embriagaba con las palabras y lo echaba todo á rodar, sin cuidarse de causar así males irreparables.

La señorita de Carmesy-Ollencourt creyó perder el aliento y la razón bajo aquel chaparrón de insultos. Los sacudimientos hacíanla retroceder como automáticamente, para erguirse de nuevo bajo la granizada de injurias. El furor la ahogaba.

Por fin volvió de un salto hasta Jacobo, y le devolvió golpe por golpe.

—¡Cállese usted, yo se lo mando! ¿Usted?... ¿A mí?... ¡Pobre muchacho! Espere usted...

Estaba sofocada y trataba de recobrar el aliento por profundas aspiraciones. Por fin lo consiguió.

—¡Oiga usted la verdad!.. Hace cinco años, era yo una niña y no sabía nada... Hemos venido á este país, á esta tierra que debía ser nuestra, porque en ella dormían nuestros antepasados... Mis padres no querían ver á nadie; éramos orgullosos dos veces, porque éramos muy nobles y porque éramos pobres... No poseíamos, como usted dice, más que cuatro muebles de tres al cuarto... Así, pues, evitábamos á la gente. La señora de Reteuil vino entonces...

—¿Va usted á acusarla también?

—No; déjeme usted hablar..., ya le llegará la vez. Vino, y fué absolutamente preciso aceptar sus servicios y sus ofrecimientos... Insistía tanto, que mis padres cedieron por mí.

Miss Bella, al contrario que el vizconde, se calmaba poco á poco hablando; aspiraba á más que á fáciles injurias; quería herir mortalmente; y hablaba sin apresurarse, buscando las palabras y eligiendo el sitio vulnerable:

—Sí, sí, es sabido, dijo Jacobo con ironía; sus padres de usted son admirables, su padre sobre todo...

Bella continuó, resuelta á no conmoverse más:

—Hemos aceptado invitaciones á paseos primero y á comidas después, sin sospechar que un día los que nos las ofrecían, reducidos á nada, sentirían sus larguezas y nos las echarían en cara.

Jacobo saludó, pero no respondió; todavía era suya la ventaja. Bella continuó, preparando los efectos, produciéndolos gradualmente en una escala ascendente, desde lo burlón á lo trágico.

—Yo particularmente fuí atraída á sus castillos, no porque usted lo desease al principio, lejos de eso; recuerde usted que ya hemos sido enemigos...

Al decir esta frase, se encendió en sus ojos una chispa de cólera; su voz era más baja y más sorda, como una amenaza. Pero tomó de nuevo el tono de una conversación ordinaria.

—Sí, se me invitaba todos los días á volver el siguiente. Decían que yo llevaba la alegría y la luz. La realidad era que sus quince años de usted se habían enamorado de mis trece, y que siendo el amo en Valroy como en Reteuil, exigía usted mi presencia. Consentí, porque no sospechaba que en pocos días le convertiría á usted, de tirano que era, en esclavo á estilo noble, que fué lo que ocurrió en estilo vulgar. Me ha hecho usted la corte infatigablemente. ¿Le he alentado yo nunca? Sea usted sincero. Jamás... Tenía yo demasiado orgullo por ser usted rico y yo pobre; por ser yo demasiado noble y no serlo usted bastante...

El vizconde se ruborizó:

—¡Ah! Eso sí que es nuevo...

—No; es muy antiguo. Mis padres, previendo en seguida una demanda de matrimonio, habían resuelto responder con una negativa pura y simple sin más explicaciones. Pero el diablo tomó cartas en el asunto. Al conocerse mejor, vino la estimación y el cariño; esto era, al menos, lo que se decía entonces. Y yo la primera, encontré que si la fortuna no podía suprimir las barreras que existían entre nosotros, el amor tenía alas y podía saltar por encima.

—¡Arabela!

—¡Cállese usted! No he acabado... Era aquel el tiempo en que el marqués de Carmesy era el amigo, el confidente, el hombre necesario del conde de Valroy; la condesa Antonieta no podía pasarse un día sin su querida Adelaida, que la había arrancado á las drogas narcóticas y devuelto á la vida; la señora de Re-

teuil adoraba á todo el mundo, y Arabela era idolatrada por los suyos, primero, y después por ustedes, y principalmente por su señor padre de usted...; sí, querido, así. Si Juan de Valroy, con diez años menos, hubiera sido simplemente el hermano mayor de Jacobo, creo que hubiera habido alguna rivalidad... Pasemos adelante; el conde se aburría en la paz de los campos, y una falda que pasa es siempre una diversión.

—Bella, si va usted ahora á usar los venenos...

—Nada de eso; hago la historia de tres familias en provincia durante estos últimos años. Continúo: Todo iba bien, cuando empezaron á circular feos rumores. El conde de Valroy había disipado parte de su fortuna, y lo que quedaba estaba muy comprometido por la imprudencia y hasta la locura de sus operaciones. Mi padre, que lo sabía, pero no hablaba jamás de ello, trató con toda su alma de evitar el desastre y trabajó para ello durante años. Por la noche, cuando estábamos solos, nos decía muchas veces: «No sé cómo acabará todo esto..., tengo mucho miedo.» A pesar de todo, no habían cambiado nuestros proyectos, sobre todo los míos. No me disgustaba que fuese usted menos rico, pues esa riqueza le hacía tener el orgullo de creerse igual á las personas mejor nacidas, lo que es un error lamentable; y puesta á hacer sacrificios, poco me costaba uno más. Soy valiente, usted lo sabe... Pero un día...

Se llamó para ganar tiempo. El vizconde comprendió que iba á oír algo enorme, é instintivamente afirmó su posición y aumentó su aplomo en el suelo.

Bella continuó:

—Pero un día, mi madre volvió preocupada de una visita á Valroy; y cuando le preguntábamos el porqué de su tristeza, nos dijo bajando la cabeza, después de hacerse rogar algún tiempo: «Hay una mancha en esta familia.»

Ante este golpe inesperado Jacobo retrocedió á su vez, y también él rugió de cólera:

—¡Señorita!

—Espere usted... Mi madre, viendo á la condesa Antonieta curada de sus antiguas manías, le había preguntado la causa de aquel mal sin nombre, y su madre de usted le confesó esto...

La voz de Arabela silbó; llegada al fin de su discurso, soltó las riendas á su odio con salvaje alegría porque iba á pisotearle. En sus labios se veía una ligera espuma.

—Su madre de usted confesaba: que su nacimiento de usted la había herido para siempre y había estado á punto de costarle la vida. Pero esto no era nada y sólo lo menciono por incidente. Su madre de usted confesó también que sus ascendientes por parte de Reteuil eran unos maníacos peligrosos, poseídos por la locura del suicidio; que su padre se había matado sin que nada le obligase á ello; que su raza estaba condenada y maldita; que ella misma llevaba en sí el germen de esta locura, lo que era su mal, y que temía haberle á usted transmitido ese germen con la vida. Por esto le había á usted alejado de ella, por el terror del hombre fatal que debía usted ser y por el remordimiento de haberse casado y dado á usted una existencia condenada al drama, siendo así que ya conocía la historia de su familia. Guardaba rencor á su marido por haberla amado y héchose amar, amor funesto que, á pesar de sus escrúpulos, había decidido su unión. Durante años le había á usted considerado como marcado y poseído, y más aún al ver que sus cóleras, sus furores infantiles, sus caprichos y sus inconstancias anunciaban ya un cerebro sin equilibrio y un alma preparada á hundirse en la nada. Añadió, sin embargo, que hacía algún tiempo había recobrado el valor al verle á usted dichoso; esperaba que estando bien rodeado escaparía usted á la mala suerte y contaba conmigo para defenderle si llegaba la ocasión. Ahora bien, mi padre concluyó brevemente: «No se casa uno con esa gente.»

—¡Ah!, dijo Jacobo, muy bien..., ya veo..., siga usted...

Bella continuó:

—En aquella época estaba usted en América. Esperábamos que los viajes y sus aventuras traerían el olvido de sus afecciones..., y con este fin también mi padre le aconsejó á usted el año siguiente que explorase la Australia... Volvió usted de uno y otro continente en las mismas disposiciones y siempre tan tierno... En vista de eso, mis padres han decidido marcharse, para probar el efecto de la distancia y del alejamiento. Pero no se arreglan estos asuntos en un día; ha habido dificultades y retrasos..., yo misma me he negado mucho tiempo, queriendo consagrar á usted mi vida... Sólo al ver la desesperación de los míos he aceptado esta prueba del tiempo... Ha querido usted una explicación franca, y aquí la tiene. He aquí por qué nos vamos esta noche y por qué no ha sido usted avisado.

La cabeza del vizconde era un torbellino de ideas. Hubiera querido responder á aquella muchacha de ojos verdes, que le sacrificaba sin una lágrima y adoptando modulaciones de burla, con un bofetón que la marcara para siempre. Pero no encontraba nada; tantas mentiras é injurias dichas al principio en tono tranquilo, tantas burlas crueles en seguida, tanto odio por fin, saliendo de aquella boca de la que tenía derecho á esperar una canción amorosa, aumentaban su dolor.

En este momento apareció por cuarta vez la marquesa Adelaida. El cochero, en el pescante, restañaba el látigo para advertir que los minutos pasaban. La marquesa gritó:

—¡Arabela!

Y se dirigió al coche.

Entonces, por un recuerdo repentino del pasado y una reproducción de las primeras impresiones, ocurrió una escena rápida y violenta, que terminó con dos palabras ya dichas en otro tiempo. El destino quiso que se separasen con las mismas palabras con que se habían saludado hacia cinco años en su primer encuentro.

Arabela, al oír á su madre, se dirigió al coche. Jacobo, perdiendo la cabeza, la cogió brutalmente por un brazo y la retuvo. Bella se desprendió dando un grito de dolor y exclamó:

—¡Grosero!

Y él respondió rechazándola:

—¡Saltimbanqui!

Bella saltó al coche y la marquesa cerró violentamente la portezuela. Aquella mujer de ojos puros y mirada leal no había juzgado á propósito intervenir... Conocía á su hija y sabía bien que ella bastaba.

El cochero arreó á los caballos, que salieron al trote largo; estaban retrasados.

Jacobo, con los brazos cruzados delante de aquella casa, ya abandonada, donde había vislumbrado la dicha, vió huir entre las sombras de la noche todo lo que había amado...

El ómnibus, mal equilibrado bajo la masa de equipajes, avanzaba con un ruido de hierro viejo y de vidrios sacudidos.

De repente, cuando atravesaba una plazoleta inundada de luna, salió de la cuneta del camino una granizada de piedras que dió en el coche y rompió un vidrio. Arabela resultó herida en una oreja. Las piedras fueron acompañadas de imprecaciones: «¡Canallas! ¡Harapientas!» pronunciadas por la ruda voz de una campesina vieja y encolerizada.

El cochero, no sabiendo lo que significaba aquel ataque imprevisto, tomó el partido de huir á toda prisa, y los caballos, envueltos en un doble latigazo, salieron á galope tendido en la obscuridad.

En el interior, la marquesa y miss Bella, muy pálidas, no estaban tranquilas. Un poco más lejos se calmaron y comentaron el incidente.

—¿Has visto?

—Sí..., una mujer, creo..., muy gruesa y muy alta...

—Alguna loca, entonces...

—Puede ser.

Y añadió después de un rato de silencio:

—No hay más que locos en este país.

—No digas eso, mamá; antes de seis meses habremos vuelto.

La dulce marquesa entornó los ojos y replicó:

—Sí, pero dentro de seis meses muchos locos se habrán marchado.

Tras de estas buenas palabras de esperanza, las dos mujeres se sonrieron.

Arabela, sin embargo, tenía el pañuelo apretado contra la mejilla que sangraba un poco.

Un cuarto de hora después vieron los faroles de la estación; la marquesa, decididamente pensativa y preocupada, dijo entonces:

—¿Qué es lo que gritaron al arrojar las piedras?

—¿Qué puede importarnos?... Gritaron: «¡Harapientas! ¡Canallas!..» ¿Estás contenta?

—¡Bah!, dijo Adelaida; no ha podido ser por nosotros.

Arabela estaba menos convencida.

En los mismos momentos Jacobo se volvía á Valroy. Maquinalmente y sin tener conciencia del camino que seguía, se metió por el bosque; el ancho camino que le atravesaba se desarrollaba recto y blanco bajo una luna muy alta.

El vizconde caminaba por en medio, perdido en sus horribles pensamientos. Todo se derrumbaba, amor, orgullo y fortuna. Valroy no era ya Valroy; los ricos eran pobres; Arabela le había renegado. Sí, la ruina era cierta, evidente. La fuga de Carmesy anunciaba seguramente el desastre de las empresas financieras que había aconsejado y dirigido sin intervención de nadie.

(Se continuará.)

Ocupaciones y recreos en alta mar, por W. B. Northrop

Es un error muy generalizado el creer que, en estos tiempos de constante actividad, tenga algo de descansada la travesía del Atlántico. Mucho se ha hablado de lo monótono del viaje entre Liverpool ó Southampton y Nueva York. Sin duda que eso era en parte verdad en tiempo de los buques de vela, pero en los modernos vapores transatlánticos los viajes de todo tienen menos de aburridos. Desgraciado del que busque en esos hoteles ambulantes verdadera tranquilidad. Con la diaria publicación de periódicos en algunos de esos barcos, con el envío y recibo de despachos por el telégrafo sin hilos, con los innumerables proyectos que inventan la mitad de los pasajeros para fastidiar á la otra mitad, no encuentra reposo el que busca verse libre de la bulliciosa multitud en la soledad del mar.

Apenas han pasado escasas horas después de embarcado, cuando algún representante de este ó del otro comité se le aproxima á uno con objeto de averiguar qué es lo que sabe hacer para entretener al público; si toca algún instrumento, si recita, canta, boxea, lucha ó baila. De nada sirven las negativas más corteses. Fuerzan á manifestar categóricamente á qué se sabe jugar. Si se puede salir bien de ese mal paso, quedan diez probabilidades contra una de que algún fanático del ajedrez le eche la vista encima y le persuada á entablar una partida de amigos, diciendo falazmente que hace muchos años que no juega. Acepta usted esperando obtener una victoria fácil, y él, con perfecta calma, comienza á propinarle una soberbia zurra, con gran contentamiento de los habituales concurrentes al salón de fumar.

Aparte, sin embargo, del afán grande de divertirse, pura y sencillamente, que se observa en todos los vapores, en ellos se efectúa una cantidad inmensa de

dad, á sus comisionistas para que vayan y vengan sin más objeto que el de buscar, durante el viaje, pedidos de ropa y otras mercancías. Varias de esas casas

Nueva York saca todos los años libre el pasaje de ida y vuelta á Inglaterra haciendo y vendiendo á bordo, durante la travesía, sus fotografías. Viaja en 1.ª cámara y con fausto y encuentra numerosos pasajeros dispuestos á pagarle de cuatro á ocho chelines por cada fotografía. Un buen negocio para los fotógrafos marinos es el de sacar varias pruebas de los grupos que en tierra se estacionan junto al barco antes de desatracar del muelle. Cuando uno ó dos días después de dejar el puerto las revela y fija, las vende como pan bendito, pues cada pasajero espera encontrar en ellas una cara que personalmente le interesa. De esos grupos solamente ha habido fotógrafo que ha sacado veinte libras esterlinas, amén de lo que después



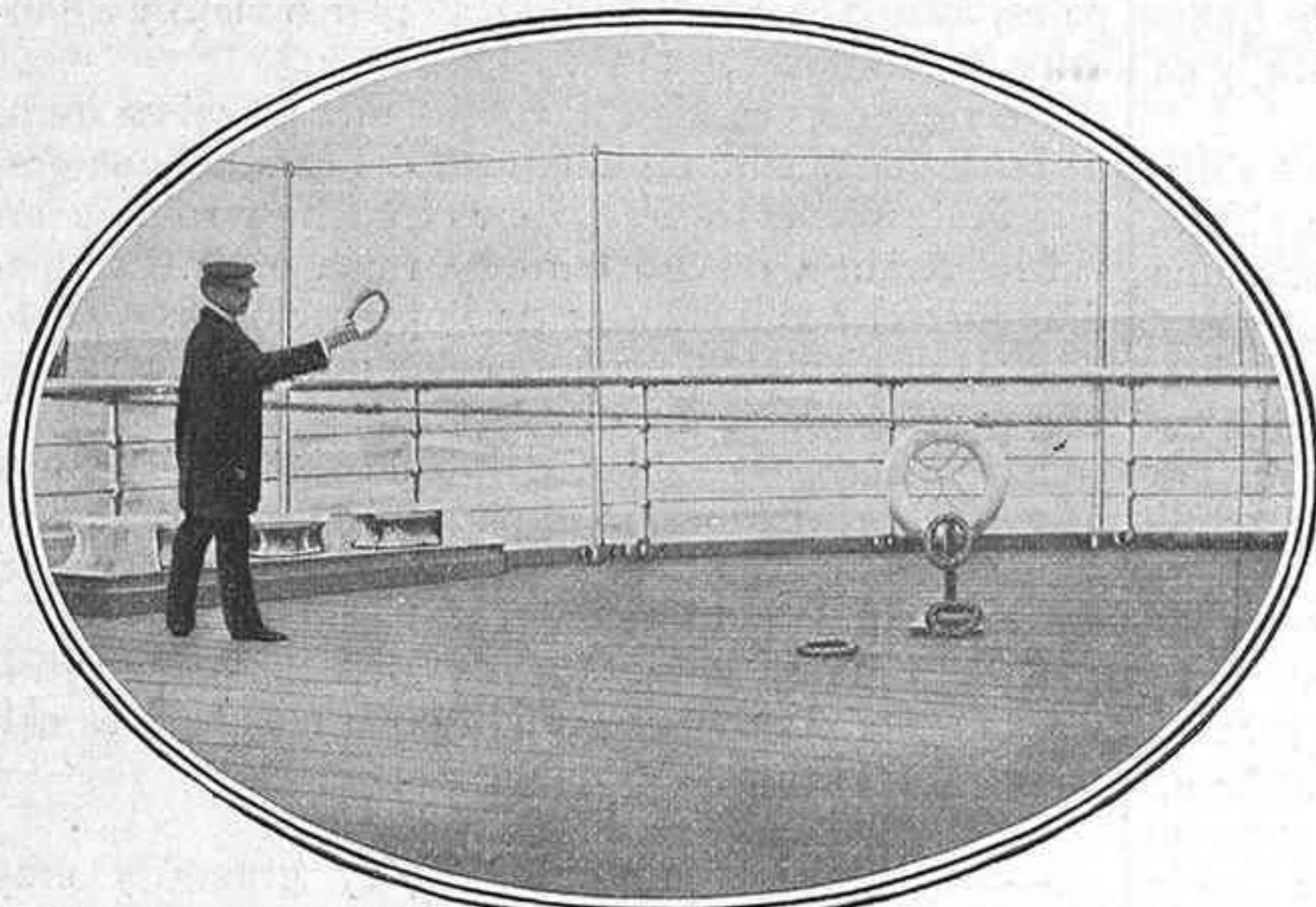
El departamento de correos

tienen la costumbre de procurarse la lista de pasajeros de los grandes vapores, especialmente de los del Lloyd de la Alemania del Norte, y embarcan á sus agentes siempre que ven que se marcha alguien que tal vez pudiera hacer un pedido. La prontitud, tan sabida, con que se hacen conocimientos á bordo, facilita el que se pongan al habla el comisionista y el cliente que se busca; y con frecuencia resulta de todo ello que se hagan grandes pedidos que en tierra hubiera sido imposible conseguir.

El Océano es también campo de operaciones muy del gusto de los periodistas. En el mar se consiguen fácilmente interviews y retratos fotográficos, y sucede con frecuencia que personajes notables accedan con gusto á conceder en sus camarotes entrevistas que hubieran negado en su casa ó en su despacho. Otra clase de labor que se practica asiduamente á bordo de los grandes transatlánticos es la fotografía. En la actualidad todos los vapores tienen sus especiales camarotes á oscuras para comodidad de los pasajeros; en algunos de ellos hay un fotógrafo contratado sin más

objeto que el de retratar á los pasajeros ó revelar y fijar las fotografías que éstos hacen. Esos fotógrafos tienen un sueldo fijo, y todo lo que ganan con su trabajo, que muy á menudo es una cantidad considerable, va á parar á manos de la compañía. La comodidad de tener quien á bordo revele las películas y placas, hace que la mayoría de los pasajeros esté dispuesta á pagar con largueza el gusto de ver sus trabajos antes de llegar á tierra. Un emprendedor fotógrafo de

La costumbre que se ha introducido en algunos de los transatlánticos de mayor porte de publicar todos los días un periódico, es causa para muchos de los pasajeros de constante entretenimiento y laboriosa ocupación. Además de los radiogramas del día, contiene artículos remitidos por los numerosos pasajeros que en el mero hecho de hallarse á bordo del buque



Jugando al tejo con aros de cuerda

trabajo verdadero. Muchos de los viajeros del Océano toman la vida en serio. En el salón comedor, por lo general después del almuerzo, puede verse todos los días á varias personas bien tecleando en las máquinas de escribir, dictando á sus secretarios ú ocupando al taquígrafo y dicitador en máquina de á bordo. Los comisionistas de casas de comercio y otros hombres de negocios están constantemente recibiendo mensajes por la telegrafía sin hilos.

De modo que puede con verdad decirse que los modernos galgos del Océano se van convirtiendo para muchos en sitios donde con toda regularidad ventilan sus negocios. En lugar de alternar con los placeres los negocios que casualmente se presentan durante sus viajes marítimos, muchos son los negociantes que una y otra vez cruzan el mar para hallar y combinar, en una ú otra forma, transacciones mercantiles. Algunas de las grandes casas comerciales de Nueva York envían durante ciertas épocas del año, con toda regulari-

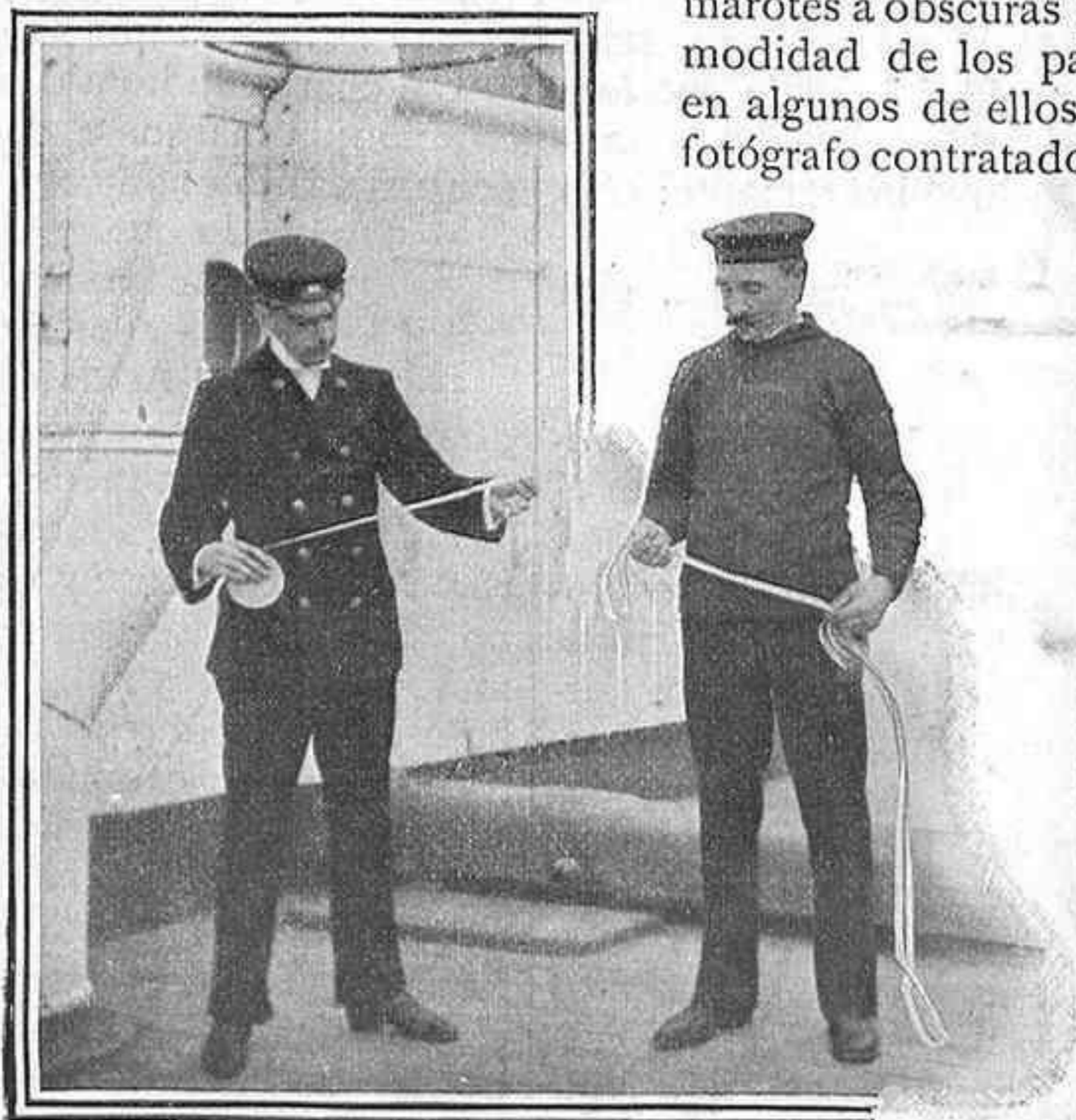
tables accedan con gusto á conceder en sus camarotes entrevistas que hubieran negado en su casa ó en su despacho. Otra clase de labor que se practica asiduamente á bordo de los grandes transatlánticos es la fotografía. En la actualidad todos los vapores tienen sus especiales camarotes á oscuras para comodidad de los pasajeros; en algunos de ellos hay un fotógrafo contratado sin más

objeto que el de retratar á los pasajeros ó revelar y fijar las fotografías que éstos hacen. Esos fotógrafos tienen un sueldo fijo, y todo lo que ganan con su trabajo, que muy á menudo es una cantidad considerable, va á parar á manos de la compañía. La comodidad de tener quien á bordo revele las películas y placas, hace que la mayoría de los pasajeros esté dispuesta á pagar con largueza el gusto de ver sus trabajos antes de llegar á tierra. Un emprendedor fotógrafo de

en que se publica se creen con aptitud suficiente para convertirse en escritores. Suélen editarlo los sobrecargos de los buques y no es su tarea fácil. Se necesita mucho tacto para no ofender á los señores cuyos manuscritos no pueden aceptarse. La excusa de no haber espacio suficiente, tan consagrada por la costumbre, echa un velo caritativo sobre infinidad de pecados.

Por las noches, en el salón, es cuando se viene en conocimiento de la suma de habilidades que van á bordo; casi en todas ellas tienen lugar funciones de diversa índole; en los programas se incluyen piezas de música en varios instrumentos, discursos jocosos, declamaciones patéticas, cantos, diálogos, bailes (el cake-walk está ahora muy en boga) y otras clases de esas llamadas diversiones.

También durante el día la cubierta se ve invadida por multitud de pasajeros que no pueden soportar la existencia si no juegan á algo; bien al billar de sobre cubierta, al tejo con aros de cuerda, al cricket ó bien improvisando partidas de boxeo ó de lucha. A veces



Leyendo los radiogramas



Billar de sobre cubierta

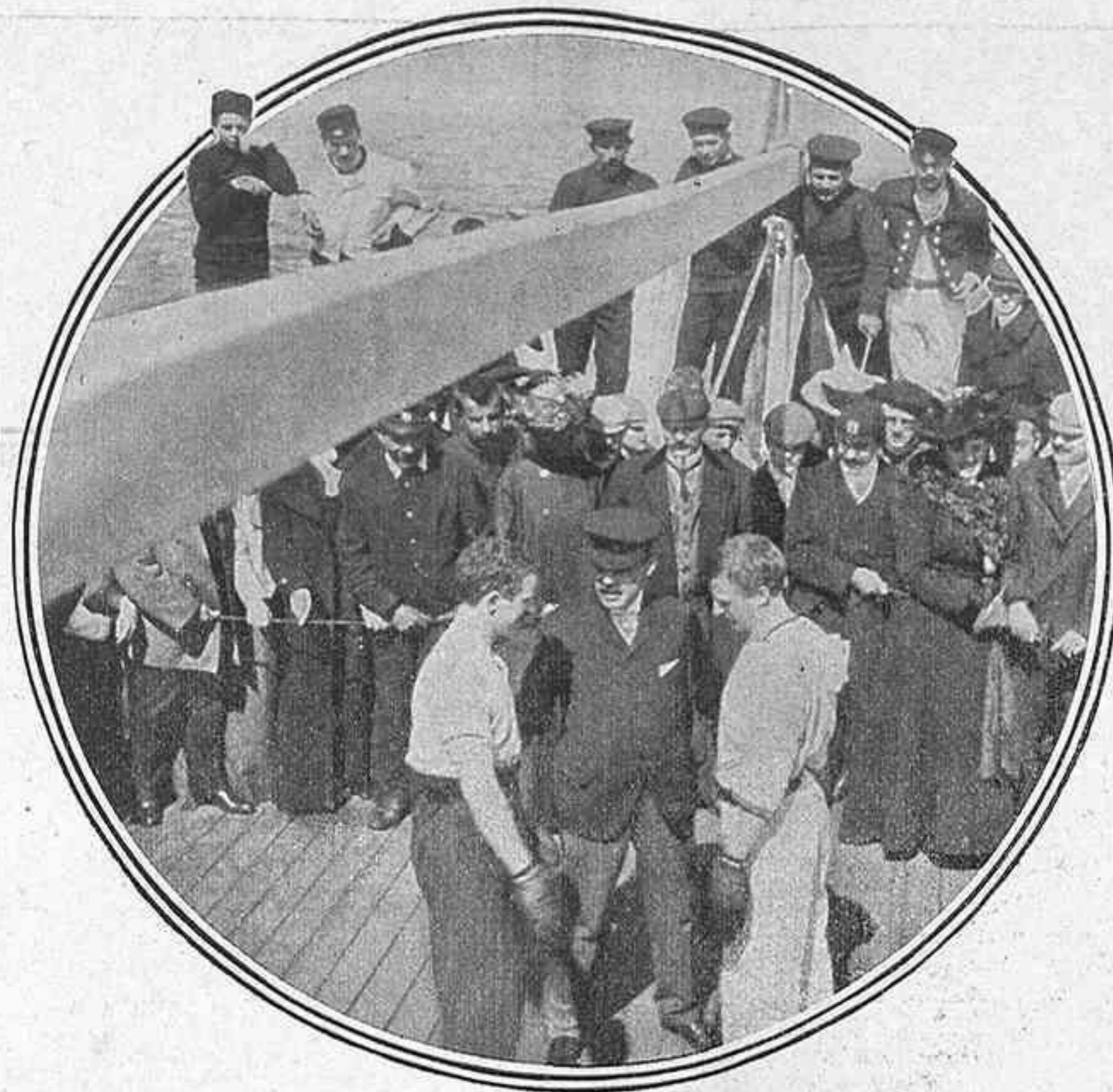
estos últimos pasatiempos son dignos de verse, sobre todo cuando da la casualidad de que vayan á bordo gentes del oficio.

Hace muy poco se ha ideado organizar compañías dramáticas con el exclusivo objeto de dar funciones durante los viajes á través del Océano. Las supuestas compañías habrían de formarse con los mejores artistas que se pudieran contratar y á quienes se abonarían pingües sueldos.

Irían de continuo de uno á otro continente, dando variadas representaciones por el camino.

Este proyecto ha sido favorablemente acogido por los pasajeros de 1.ª clase, algunos de los que han ofrecido tomar acciones de la compañía que con tal objeto se formase. Para el que hace con frecuencia la travesía entre Europa y América, el fastidio de las representaciones de aficionados llega á hacerse insoportable. Los actores de profesión librarían á aquéllos de la tarea que se imponen voluntariamente y á los demás pasajeros de la prueba á que ponen su paciencia los esfuerzos hechos con la mejor intención por dichos aficionados para distraerlos.

Bien mirado todo, no puede afirmarse que los veloces corredores modernos del Océano



Una partida de boxeo

sean lugar muy á propósito para el que tenga fatigado el cerebro por exceso de trabajo. Si se estableciera una línea de rápidos buques de vela de primera clase que hicieran la travesía entre Inglaterra y América en catorce días ó tres semanas, según el tiempo, es seguro que se vería favorecida por los que buscan el reposo en los viajes por mar. En el estado actual de cosas, con periódicos diarios, telégrafo sin hilos, comedias de aficionados, conciertos, sports sobre cubierta, tecleo de maquinillas de escribir y constante charlar de negocios, el moderno transatlántico no es ni más ni menos que un hotel inmenso y una gran casa de contratación.

Sin duda alguna, antes de que pasen muchos años, ciertas oficinas de negocios se establecerán permanentemente á bordo de algunos de los transatlánticos más grandes, y los pasajeros que vayan en busca de reposo tendrán que formalizar contratos especiales con las compañías á fin de no ser molestados, ó bien habrá que darles alojamiento en determinados lugares del buque, de los que se excluya á los que viajen para hacer negocios, y á los que no lleguen ni los radiogramas ni los periódicos diarios.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255 Barcelona

AVISO Á LAS SENORAS

EL ANIOL DE LOS DRES
JORET-HONOLLE

CURA
LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

PILULES de BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, París.

65 AÑOS DE ÉXITO
FUERA de CONCURSO PARIS 1900
GRAN PREMIO, Saint-Louis 1904
Alcohol de Menta de
RICQLÈS

(EL ÚNICO VERDADERO ALCOHOL de MENTA)
CALMA la SED, SANEA el AGUA
Contra el VÓMITO, Dolor de CABEZA, INDIGESTION
COLERINA
AGUA de TOCADOR y DENTÍFRICO exquisito
PRESERVATIVO contra las EPIDÉMIAS
Pedir el **RICQLÈS**
De venta en las PERFUMERIAS, FARMACIAS y DROGUERIAS.

Frasco 5 fr. en París

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EPIDERMIS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

GAÑANES & C^o B. St-Denis, 16

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE - QUINA - HIERRO
El más poderoso Regenerador.

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura,
Mobiliario, Cerámica, Metalisteria,
Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN ÉXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu.— Todas Farmacias.

FUMIGATION
MARCA DE FABRICA REGISTRADA.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXIJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, París,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.



Desórdenes en Finlandia.—Un grupo de agitadores haciéndose retratar con sus banderas rojas en que se leen inscripciones sediciosas (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Esputos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc.* Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARÍS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
 Célebre Depurativo Vegetal
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico, Sucesor de BOYVEAU-LAFFECTEUR.
 Calle Richelieu, 102, Paris y todas farmacias.

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.
 Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN